

# UACM

Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México

---

*Nada humano me es ajeno*

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

**INSTANTÁNEAS DE FAMILIA**

TRABAJO RECEPCIONAL

PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADO EN

CREACIÓN LITERARIA

PRESENTA:

**JESÚS ENRIQUE JUÁREZ FLORES**

Director de trabajo recepcional

**Dr. Javier Díaz Perucho**

México, DF, abril de 2015

## SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



## UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

### RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

### DERECHOS RESERVADOS<sup>©</sup>

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

Sínodo:

Doctor Javier Díaz Perucho

Licenciada Mónica Lavín Maroto

Licenciado Héctor Contreras Carreto

Licenciado Armando Alanís Canales

Doctor Isaí Moreno Roque

DR © Enrique Juárez Flores, 2015

Correo: [jenriquejuarez@gmail.com](mailto:jenriquejuarez@gmail.com)

## ÍNDICE

Agradecimientos	IV
El José	VI
Juego de toallas marca Sacra	XI
El título de Celia	XVII
Libertad anticipada	XXVII
Ausencia	XXXV
Fuga de cerebro	L
El deshacedor de nudos	LIX
San Niño	LXIX
Metamorfosis (Una relación común)	LXXV
De la ginofilia a la misoginia sólo hay un paso	LXXXVI
Amoral	XCIII
Maletero	CIV
La loca de los gatos	CXVI

## AGRADECIMIENTOS

Para no conformarse con cosas como “por ser el último el menos importante” o “el último será el primero” a usted profesor, escritor y amigo, Javier Perucho.

Como es obvio, porque sin su ruido no habría tenido qué hacer, a mis padres y hermanas, que en su vivir diario no dejaron (ni dejarán), de darme material involuntariamente. En especial a ti, Alfredo, por presionarme y desilusionarte, a ti Ivonne por no hacerlo.

A ustedes, Iveth (esposa, pareja, compañera y madre de mi hijo) y Santiago, por odiarme y quererme, por quedarse e irse y volver a hacerlo por siempre.

A la familia que se elige, a mis amigos Juventino y Giovani, que han estado no sólo para oírme, sino para competir sin ponernos el pie.

A ustedes escritores y profesores que están más allá de los lazos familiares, pero que sin sus conocimientos y alientos la universidad habría sido nada, que crean no sólo a sus lectores sino a su propia competencia.

A quien compone a la UACM desde la parte administrativa, principalmente por el apoyo para impresión y empastado del presente.

*Todas las familias se parecen,  
pero las infelices lo son cada una a su manera.*

*Anna Karenina, León Tolstoi*

## EL JOSÉ

Nunca tuve mayor interés en esos asuntos en los que ni mi propio padre pudo disciplinarse. Intentó formarme *el hábito* del sacerdote o del oficinista; la sotana y el traje son elementos de respeto ante sus ojos. Desistió hasta la *primera comunión*, luego de largos y aburridos rezos matutinos.

A muy temprana edad, fui alejándome de la sobreprotección moral que ofrece el dogma. Aunque no puedo asegurar con entera satisfacción que el desencadenamiento de hechos que enseguida relato fuese la consecuencia.

Eran las vísperas navideñas, como cada año esperadas. Algunos las anhelaban con júbilo, yo con una apatía para entonces muy notoria, otros deseosos de reunirse con la familia. Eso de mecer, canturrear y peregrinar por las casas de los vecinos me parecía un derroche de ingenuidad. Los juegos en que la niña más bonita y el amigo mejor parecido, hacían de *la mamá* y *el papá*, mientras que los demás, de *los hijos*, habían quedado en el pasado; lo del día, ya siendo adultos, era jugar con un *muñeco*.

La atención a estos ritos era tal, que en uno de esos andares un niño de brazos se asfixiaba con el caramelo típico de la *colación* (duro como todos ellos, blanco, repleto de pequeñas protuberancias), mientras los peregrinos

preferieron besar mejillas de yeso. Los padres, el pequeño y yo, hacíamos de *María, José, el Niño y el arcángel*, debatiéndonos en nuestra propia aflicción.

Para esas fechas no podía dormir. Una pesadilla tras otra. Había pasado por una relación con una niña cinco años menor. Sigo resistiéndome a la idea de que ésa sea la factura del pecado, la herejía o la blasfemia.

Los amigos me advertían del problema, comparando la gravedad de éste con el volumen de las pantorrillas de ella.

—¿Y tu niña?, no chingues, tiene los chamorritos así —decían, haciendo un ademán con el dedo índice y pulgar.

Hubo momentos en que la turbación me orillaba a buscar la absolución, pero en seguida el razonamiento imperaba.

En la cena de dudosa natividad, no esperaba nada fuera de lo común, ni visitas, a menos que fuera la familia de mi ex novia, que había entablado lazos con la mía. Así, la pintura de *La última cena* que traía en mente, hubiera tomado más sentido, con una relación mal vista ante la mesa en que nos encontrábamos.

Los cinco de familia nos distribuimos de modo que un lado de la mesa estuviera libre, como si estuviéramos dispuestos para un retrato, o acaso era la costumbre que el televisor nos había arraigado, pero que ahora sustituíamos

por el *nacimiento* frente a nosotros. En efecto, la *transustanciación* me hace recordar con claridad esa escena onírica, mi propia cena.

Mientras comíamos, el silencio era el tema principal en nuestras bocas, además de los alimentos. Los ojos se movían de un lado a otro, acechando a aquel primero en hablar (los míos tenían esa sensación arenosa o de ligero ardor que da la falta de sueño), nadie tenía realmente la intención de hacerlo. Y si alguno en ese mismo momento lo hubiese querido hacer, fue interrumpido por mi sobresalto al mirar aquella figurilla balancearse en el sillón de la sala. La *tríada* yacía sobre los cojines, pues la prisa por el banquete parecía no poder esperar, el resto del nacimiento se encontraba frente al sofá.

Agucé la mirada al no creer lo que estaba presenciando, inmediatamente entré en pánico y desesperación, los demás no reaccionaban ante nada; sobresaltado me abalancé señalando, casi recostado en la mesa.

—¡Miren! —señalé con dedo inquisidor—. Mi padre boquiabierto palideció. —¿Ya vieron?, se está moviendo —dije.

—¿Cómo crees? —mi madre trató de evadir su miedo.

—¡Míralos!, ¡ah, te da miedo! —confirmé.

—¡Cállate, estás pendejo! —enfureció mi madre, a la vez que lo decía evasiva.

El José deambulaba alrededor de la pequeña pieza, el Niño. Más que valentía, fue el esfuerzo de enfrentar mi pánico lo que hizo acercármele. El José agitaba una pequeña frazada, haciéndola girar como una hélice sobre su cabeza. Al notar mi presencia se detuvo, volvió su mirada hacia mí y sonrió haciéndome cómplice, acaso por su inconformidad con el dudoso parentesco que entre el Niño y él guardaban o el estupro del que yo había formado parte. Sin retirar sus ojillos de mi cara sorprendida, sacó un puñal de entre la tela que lo envolvía, el cual asestó con fuerza y certero filo en el bulto pequeño cercano a sus pies. Todo en un solo movimiento. La tercera figura ni pestañeó, la misma pose de siempre. Hacer como que me hablaba hubiera sido un exceso.

No me había dado cuenta de lo cerca que estaba de las figuras, así que, con más terror que en un principio, llegué en una sola zancada a la mesa y viéndolos directo al rostro, les pregunté qué pasaba. Ninguno parecía haber sufrido más grave excitación que la mía.

—Ya siéntate, ¿sí?

—Pero es que... —traté de articular palabras— no ven que... —y nada.

—¡Que te sientes! —a coro vociferaron mis hermanas.

A partir de ahí no recuerdo más. Supongo que sólo fue uno de esos malos sueños en los que mis temores toman forma, o fueron los *padecimientos de las penas del purgatorio*. Aunque es extraño, muy extraño, el hecho de que mi madre no cumpla más con la tradición de escenificar el nacimiento de *el salvador*. O de que no encuentre por ningún lado pieza alguna o, incluso, de que me evadan cuando les comento sobre mi supuesto sueño. Lo único que atinan a hacer es arremeter, exigiendo respeto.

## JUEGO DE TOALLAS MARCA SACRA

“Aun en la verdad indiscutible se duda de los sucesos reales.” “La justa intención es de lo que nadie habla.” “Las primeras palabras que se prenden a la idea, como el abrir del ojo a la luz de la mañana, son olvidos siempre sepultados.” A menudo solía repetir estas frases Salvador frente al espejo, palpándose el rostro, como reconociéndose. Esto era común después de cada noche de insomnio.

En ocasiones, se preguntaba al despertar, por qué agradecer ver una vez más la luz del sol. —¿Tendrán miedo de morir sin haberse arrepentido de algo?— Quien lo escuchara en casa diría: “Como si no tuviera cola que le pisen”. Pero callaba estas cosas en público. Le confesaba a sus más cercanos que no le agradaría que la gente pensara bien o mal de él, prefería que les diera lo mismo.

Se le había fijado un monosílabo a la cabeza: Fe, y pregonaba su palabra cuando le apostaban en contra de lo que él creía. Cuando había que elegir, decía: Fe en mí. Salvador comentó en sus más lúcidos argumentos que nada ni nadie decidiría por él.

Durante su adolescencia, discrepó en grave modo con su familia sobre un tema que para muchos de sus contemporáneos era lo más razonable: el libre albedrío. Sin dios y quizás sin diablo. El disgusto del padre fue el primer reflejo.

—Primero esas ropas, luego la cabeza rasurada y ahora: “Dios no existe”. De dónde saca tanta...

—Déjalo, mira, nosotros ya hicimos bastante por enseñarle, ahora sólo hay que pedirle que respete nuestras creencias.

La madre era quien siempre, de algún modo, contenía la discusión.

Salvador no vestía fuera de lo común, pero al padre le parecía un vago, no cumplía con sus expectativas e ilusiones. A pesar de ello, Salvador no daba ni un paso atrás. Dejó de hacer comentarios que perturbaran a la familia, olvidó su rol dentro de ésta y al final dejó la comodidad de su hogar para irse a crecer y creer, con un juego de toallas nuevas que le regalara su madre.

A sus veintitrés años ya se enorgullecía de su propia manutención, rentándose un cuarto a no más de tres kilómetros del cuidado de sus padres. A pesar de tener un ideal, no tenía algo seguro, ropa, así como sus escasos tres por seis metros de habitación que conformaban toda su residencia. Tenía un estilo menos que minimalista, el “dejadismo” sería su corriente. Por lo común,

se suele creer en algo o en alguien, desde una piedra colgando del cuello, hasta en una figura lo más temerosa posible, pero Salvador no contaba ni con un llavero como ornato. En su modesto departamento tenía lo que le funcionaba, un guacal como trastero clavado arriba de la estufa, una mesa de metal en la que se leía “Corona” con dos bancos verdes de plástico, una cama individual, cajas de cartón para la ropa y un anafre que hacía de base para el televisor. La única ventaja del lugar era el bañito dentro, de uno por uno con un retrete de cemento y la ventanilla que liberaba los olores hacia el patio. Lo que utilizaba para efectos personales, los cambiaba de lugar constantemente: la pasta dental y el cepillo a veces sobre la mesa, otras en el trastero.

Lo empleaban de ayudante en una clínica de poca confianza, donde lo mismo practicaban legrados que liposucciones. Cuando no había cirugías, el lugar cambiaba continuamente de aspecto: pintura nueva en la fachada con diferente rótulo. Así era como sobrevivía. Por si fuera poco, una chica se fijó en él, tanto que pensaba en vivir a su lado. A él no le agradaba la idea, ni siquiera la de tener una relación, pero era suficiente que sus padres lo consideraran homosexual. Ella estaba segura de la preferencia sexual de Salvador, pero su problema radicaba en que de algún modo quería hacerlo cambiar para que la mantuviera. De ahí que Salvador se empeñara en su

estatus y se sintiera agredido. Lo visitaba todas las tardes y al final siempre terminaban discutiendo. Pero la vez en que todo terminó mal fue cuando ella le reveló su embarazo, él la echó sin creerle y ya a solas gritaba: “¡Te voy a restregar en la pinche cara que no soy ningún parásito, puta!”, en cada esquina de las paredes, como si en cada una estuviera hostigándolo Magda, riendo por lograr su cometido.

El tiempo y la noche se hacían uno en contra de él. El sueño lo entendía como un fruto prohibido, pero lo que de verdad no deseaba era el perdón por sus faltas; el descanso, la recompensa de los actos del bien obrar.

Hubo una ocasión en que las frases que lanzaba al aire fueron atendidas. Después de saberse solo, dijo:

—¡Me cago tres veces!

—Todos —se escuchó una voz salir del baño.

Salvador abrió los ojos después de un minuto de haber concebido que lo que oyó fue producto de su somnolencia.

—Así como lo escuchas —dijo la voz.

—¿Quién, quién es? —preguntó Salvador. Escuchó girar la llave del baño, entonces dando un salto desde su cama, embistió la puerta.

Con las rodillas al suelo y levantando la mirada, observó el color de la luna que iluminaba sus manos heridas por las astillas de la puerta que derribó. De su palma derecha caían minúsculas gotas de sangre, en la muñeca izquierda percibía un intenso ardor.

—¿Qué pendejada hice? —sollozaba.

—Nada, en absoluto —decía la voz, esta vez desde la coladera.

—No entiendo, ¿qué quieres de mí?

—Tu arrepentimiento.

Salvador se levantó torpemente, cogió una toalla, la humedeció y al dirigirse a su cama, cayó sobre ésta, hiriéndose un costado de su cuerpo con la base del colchón. Le era difícil respirar, dos costillas de su lado derecho le perforaron el pulmón.

Con la toalla en la mano, se la empalmó al rostro, como si con lo fresco pudiese despertar de la pesadilla. La cara le ardió, se levantó enseguida, olvidando pequeños dolores. Miró la tela y vio parte de su rostro en ella. Como si en lugar de agua fuese ácido lo que le quemó.

El dolor fue tal que, con lo poco de vida que le quedaba, se dejó caer en el lecho. A su boca llegaron antiguas maldiciones, pero al final lo invadió un inevitable y necesario remordimiento.

A la mañana siguiente su prometida lo encontró muerto con los brazos extendidos. Luego de tres días, responsables del hospital notificaron a familiares.

—Lo sentimos, no pudimos hacer nada para devolverle la vida.

En una toalla de cuerpo completo quedó su silueta dibujada.

## EL TÍTULO DE CELIA

¿Qué otra palabra pude haber dicho si era lo que más veía desde mi condición de observador? Y de inmediato fue tomada como personal, sin ni siquiera tener el mínimo de intención para hacerla crítica. Parado en la cama, con mi barbilla sobre el derrame de la ventana, mirando al pequeño patio siempre mojado, con un lavadero a ras de espinilla, veía a las ratas merodear sin poder encontrar nada más que agua encharcada. Mi primer vocablo no fue más que un eco de lo que escuchaba, pero que reconocí. Para mala fortuna de mi tía, ella pasaba por ahí cuando por fin me animé.

—¡Rata! —señalé seguro con una especie de emoción.

—¡Ay, niño grosero! ¿Ya lo escuchaste, Celia? —cacareaba mi tía exagerando mis intenciones.

—Ay tú, ¿cómo sabes que te lo dijo a ti? —mi madre interpeló. Por supuesto no es un recuerdo propio, ella me lo contó, la principal culpable de lo que ahora se me culpa a mí.

No viene a mi mente algún primer encuentro de tipo escolar, como lo fue el sexo o la supervivencia del más apto, aunque Celia, mi madre, se preocupara desde una temprana edad por alfabetizarme. Logro recrear cuando

miré por un orificio en el suelo, el cual había sido cubierto por una placa de cristal, pero que alguien ya se había encargado de quebrar para que apenas tuviera campo un ojo. Este glorioso hoyo estaba justo encima del baño de la planta baja, por el que pude ver el primer cuerpo desnudo de una mujer. Me resisto a pensar de quién pudo haber sido. Eran pocos quienes habitaban ese nivel de la vecindad. Un pequeño cuarto lo habitaba una tía con uno de sus hermanos, que había decidido volverse transexual.

El abuso de los primos en mi contra fue otra situación con lo que tuve que enfrentarme: el saqueo de mi colección de carros de juguete siempre fue en ascenso.

En un esfuerzo más por evocar un acercamiento a la lectura durante mi infancia, reaparecen imágenes no muy gratas que despertaron mi libido, antes que mi supuesto gusto por las letras, según Celia. Hay un cuarto húmedo, sin foco, con una puerta de lámina, a la que se le cuelan haces de luz natural, por dos ventanillas de la parte superior. En esta habitación sórdida, se enciman uno sobre otro, a manera de juego, niños y niñas, todos primos (el más grande alcanzaba los quince años, yo apenas tenía alrededor de ocho), manoseándose entre risas furtivas. El tocarle entre las piernas a una de ellas me provocó cierto trauma, así que me evoco a otro momento de mi niñez, quizás por

evadir la realidad. La escena no deja de ser menos culposa, pero siempre la resuelvo con una sonrisa, viendo ese cuadro patrocinado por Coca Cola que cuelga en alguna pared de mi memoria: un niño mira el trasero de una chica por debajo de la falda, ésta sube las escaleras en las que él está sentado. La diferencia conmigo es que a quien miro constantemente en el recuerdo es a mi tío el transexual.

Lo mismo que con mi primera palabra, sucede con el primer libro que leí, no está guardado en algún archivero de mi memorial. Dice mi madre que fue una historieta. No me parece que pudiera tratarse de una invención, pues no hace mucho vi uno de esos ejemplares en un local de libros y revistas de viejo.

Mientras el tiempo sucede en constantes analepsis, surgen momentos que ya son míos. Los primeros días de clases en el kínder, mis fundamentos de educación escolar; que en el intento de hallar el fallo (buscar cuándo empecé a aprender, que parece más que un acierto), no he podido encontrar. En ese lugar germinó la amargura de la separación, ahí se enseña a dejar de lado a tu familia y es lo más que recuerdo, ni una letra, un color, nada. Y de pronto una elipsis, estoy en segundo grado de primaria como un “adelantado”, pues en el primer nivel me dormía, según Celia ya había aprendido a leer y escribir

apenas salí del jardín de niños. Aun con eso, no me parece que haya un mayor placer que cualquier otro que en su infancia pueda sentir por aprender. No por lo menos bajo las condiciones de nuestra actual sociedad en las que, de algún modo, bueno o malo, se tiene derecho a la educación. Sentía que era obligado ir a ese lugar en el que se sufren abusos. Arbitrariedades contra los verdaderos derechos de un niño: no levantarse temprano, comer sólo cuando se tiene hambre, hacerse justicia por sí mismo ante las vejaciones de otros, etc. Luego algo ocurrió, nuestro núcleo familiar se separó de cualquier lazo que nos uniera con el resto de esa casa: tías y primos, en el caso de mis padres: hermanas y cuñadas. Nos mudamos al Distrito Federal, donde otra realidad me esperaba.

Mi madre, aferrada a su sueño, buscó me dieran el lugar que yo ocupaba en la escuela anterior, lo cual no ocurrió, volví al grado donde de verdad pertenecía. El buen trabajo de Celia siguió rindiendo frutos hasta acabada la primaria, mis calificaciones eran satisfactorias. Por supuesto no sé cómo lo hacía, mis memorias se remontan a aventuras, sueños y experiencias, que de ningún modo se vinculan con el quehacer literario. Condición hoy destructora.

Hubo indicios contaminados de lo que ahora es mi profesión, nada más que meras ilusiones del fan por la basura de moda. Lo más parecido que

podría relacionarse con las letras era la transcripción de canciones. Aquello me dejaba mucho que desear. Entre la inconsciencia del presente, de ese presente que adormecía mi razón y la falta de la pregunta obligada de algún adulto (de cualquier adulto, que en cualquier momento y tantas veces como sea posible se le pregunta a un pequeño), recorrí así esa parte del camino. Muchas cosas estaban lejanas a mi entendimiento o a mi incredulidad, no eran más que espectáculo telenovelesco: los embarazos no planeados y a temprana edad, desgracias que creí no me podrían suceder. “¿Qué serás cuando seas grande?”, nunca llegó. Tal vez tuvieron que haberme dicho lo que tenía que ser.

Aún con la obligación de saber de qué manera referirme o expresar todo lo que pasé por el filtro de mi entender, no puedo hallar la palabra adecuada que nombre ese proceso formador de mi condición. Este pesimismo da cuenta de un puñado de sin sabores infantiles, que dejen vislumbrar un destino exitoso. Pensara lo que pensara Celia, nunca reparó en que ella misma podía acabar mal, creando su propia cruz, la que terminaría por aplastarla. Pero antes que algo ocurriera, las intenciones ingenuas de mi madre seguían floreciendo, incitando mi gusto por la lectura. Para los doce años que tenía, miraba mi

educación escolar como un ciclo interminable, todo era objeto de distracción. Los héroes falsos de las historietas simplemente nunca me aconsejaron.

La mala fortuna de mi padre de pronto se hizo presente. En el experimentar se me ofrecía la diversidad de géneros. De un momento a otro, cuando no esperaba ya ser aceptado, luego de muchos intentos, la “mujer” más esperada, la más popular, la que reunía todo lo mejor de los cuerpos de las otras compañeras de la escuela, me miró. Sin un trato directo, aceptó enseñarme a besar (no era mi primer beso, eso había ocurrido ya con mi hermana). Sin poner nada de mi parte, quedé paralizado cuando metió su lengua en mi boca, un pequeño pez viscoso y extraordinariamente blando sacudiéndose detrás de mis dientes. Como lo dije, no pude hacer más. Sin embargo, con su mejor amiga: la fea, la machorra, la que nadie quería a su lado, di a mis manos el primer adiestramiento. Sus dos pequeñas mamas fungieron como terapia a mis dedos poco hábiles en la satisfacción de una “mujer”, al parecer eso era suficiente para ella. De haberse enterado de esto mi padre, no habría tenido razón para disgustarse tanto al encontrarme, por accidente, con los pantalones abajo frente a un amigo. Aquel niño con el que mi padre me sorprendió, fue el más venturoso, años después, entre las chicas del lugar.

Ante la intolerancia en la exploración de mi sexualidad, decidí callar esos pequeños logros en la conquista de las féminas. Soporté menos su machismo que el interés que pudiera tener sobre cualquier otra cosa proveniente de mí.

Un temor infundado me hizo presa de mi timidez. Estando ya en los estudios medios, pude consolidar cierta relación formal con una chica a la que deseé verle desde el primer día las piernas, aunque nunca las mostró a lo largo de tres años. La falta de valor me impedía flirtear con otras compañeras. Varias de ellas quisieron acercárame, pero el respeto hacia la otra (eso decía a mis condiscípulos para evitar sus comentarios promiscuos) las repelía. El idilio fue transmutándose borrascoso, hasta que tuve el valor o la falta de moral o la indecencia de dejarla, después de disfrutar, tantas veces como pude, el sexo con ella.

Culminaron mis encuentros subrepticios del deseo, no de un modo repentino como pareciera. Luché e insistí por ello, bajo el embeleso del enamoramiento, hasta que ella creyó que el entregarse podía darle alguna especie de autoridad sobre mí; un síntoma de pertenencia balbuceaba en las palabras que me dirigía cuando nos encontrábamos entre otros. Dictaba sentencias al menor movimiento de revelación como si fuese a su perro.

—Creo que no voy a irme contigo —dije esa ocasión, que siempre tendré presente.

—¿Con quién te vas a ir? —no tardó ni un segundo en repelar.

—Me invitaron a un convivio, pero te alcanzo en tu casa. Ahí vas a estar, ¿no?

—No sé, no creo —ante la presencia de sus amigas se creció dando media vuelta y dejándome ahí parado.

—Oye, ¿qué te pasa? El indignado tendría que ser yo, por qué tengo que darte explicaciones —a lo que respondió a modo de ultimátum—: Pues tienes de dos sopas, te enojas o me vuelves a hablar.

El hecho es que, gracias a la pasión por la carne, me encontré por primera vez con el filoso entrelinado de las letras. Esa verdadera intención que tienen las palabras al reptar sobre el papel. Supe entonces que Celia había empezado mal, no debió darme tanta libertad en mis lecturas, tuvo que llevarme a mis manos lo que debí leer. Celia tuvo que haber envidiado la sobreprotección de Leonor Acevedo Suárez, para hacer de mí algo que le conviniera. Alguien no sólo tuvo que preguntarme qué iba a ser de grande, sino debió haberme dicho qué era lo que tenía que ser.

Crecí observando y señalando, nunca con un objetivo. Mi madre no tuvo ninguna intención al formarme entre *páginas sentimentales*. Me gusta pensar que un día llegó mi padre a casa de Celia y la encontró leyendo una de esas novelas gráficas en diferentes tonos de grises. Él con calor de la calle; ella hechizada con la historia que acababa de leer, aprovecharon el lapso en que mi abuela no se dio cuenta del momento en que él llegó a visitarlas, procreándome así, en un breve tiempo.

El pago que le di a Celia por su trabajo excedió la pared que guardaba para el cuadro que enmarcara mi título. Renegué mis orígenes, maté el recuerdo de la familia que ella me implantó, rompí con las tradiciones sin ningún intento de violencia física. En una entrevista que se me hizo para la estación de radio universitaria, preguntaron sobre la importancia de la familia como sostén de la educación. Mi respuesta fue que era un estorbo como lo es el sostén en las mujeres, haciendo un poco de juego con esa palabra. Me confié al saber que mi madre había dejado de tener interés por mis actividades; perdió o se olvidó del gusto que alguna vez tuvo por ver a su hijo atento frente a un cuadernillo con algún mínimo de letras.

Solía visitarla todos los sábados, pero tardé más de tres meses en volverlo a hacer, inconscientemente evadí el daño que mis palabras habían

causado. Llegó una carta a la recepción del hotel en donde me hallaba, la noticia provocó eritemas en mis manos. No pude retener las lágrimas que aliviaron las heridas de primer grado causadas por la esquela.

Volví a mi casa, a casa de mi madre, a su desolado hogar (su esposo ya había fallecido y mis hermanas se habían alejado igual que yo). En un rincón del jardín, Celia se acomodó en un sillón de mimbre, a su alrededor colocó sus revistas y mis historietas que guardó de cuando yo era niño. Se prendió fuego. Extinguiéndose con su sueño de que su lecho de muerte fueran sus propias cenizas. La asfixia fue el motivo de su deceso.

Yo sólo di testimonio de esto con palabras, con un cuento. Mi formación fue siempre ésa.

## LIBERTAD ANTICIPADA

—En el 2003 me otorgaron la libertad. Mi buen comportamiento mereció la anticipación. Debí haber pensado mejor en tomar esta oportunidad en serio. Tal vez mi tiempo afuera ya se me había agotado.

Con treinta y cinco años de edad, Luis Salazar J., fue arrestado en lugar de su sobrino, Roberto. Joven de clase baja y adicto a las drogas. Perpetró un robo en casa de sus vecinos para apoderarse del automóvil que ahí guardaban. En su huida se logró identificar las ropas que vestía. Por desgracia, el tío, que se cubría con un atuendo similar, salió al resguardo de su pariente, tomando a Luis por prisionero. Éste tuvo manera de comprobar su inocencia, en el mismo momento en que fue detenido, pero su instinto de protección encubrió a Roberto. Se le dictó sentencia de diez años sin derecho a fianza. Su buena conducta fue lo único que lo salvó del largo encierro.

—Nunca fue mi intención perjudicar a alguien, muy por el contrario, desde mi reclusión la idea era protegerme. Es cierto que yo oculté las malas intenciones de Roberto. Él venía corriendo desde que dio vuelta en la esquina. Yo

descansaba en mi camioneta y lo vi por el espejo lateral. Se seguiría de largo si no lo detengo. Quiso aventarme para seguir con la escapatoria. Alcanzó a gritarme que se había metido a la del diez. Alguna vez me comentó del auto que llegaba a esa casa ya muy tarde, pero no pensé que fuera a arriesgarse a tanto. Lo único que sabíamos es que esas personas tenían trato directo con la policía.

La vida de Luis fue tan difícil como la de cualquier otro reo, inocente o culpable. El primer día, al instalarlo formalmente en prisión, fue despojado de su calzado. Al negarse lo golpearon en la cabeza, como a un niño que se le regaña y sollozando va descalzo hasta su habitación. Para él la pena se le multiplicaba al saber que lo esperaba una celda.

Entre otras cosas, su hermano lo escuchaba a modo de consuelo en los días de visita. Las lágrimas le llegaban hasta las comisuras de la boca, Luis platicaba cómo tenía que guarecerse del peligro, y que si Roberto lo acompañara, tendría que protegerse a sí mismo.

La base de colchón que utilizaba Luis para dormir contaba con gruesos tablones, de este modo cualquier punta afilada frustraría su camino para llegar a herirlo. El compañero de litera era la sombra hasta de la cual tenía que

desconfiar. Para poder andar entre los demás enjuiciados se requería cierta seguridad y para esto un costo. Las monedas con la que podía pagar eran cigarros. Mercancía que obtenía de su hermano.

Cerca ya de los diez años de penitencia, al fin salió del reclusorio. Su hermano mayor fue incondicional en todo ese tiempo. Él mismo lo hospedó en su hogar. Los primeros meses se levantaba muy temprano, doblaba sus cobijas y esperaba sentado a que el resto de la familia despertara. Cuando fue descubierto haciendo esto, le dijeron que se calmara, ya todo había terminado, podía levantarse tarde.

—Mi cruel destino me dio un descanso antes de volver a actuar. La mujer que vi apenas un par de veces, estando encerrado (era la visita conyugal de otro interno), se comunicó conmigo. Insistía en que iniciara una nueva vida con ella. Lo que menos necesitaba era otro encierro, realmente deseaba ser libre. Pero pues tuve que vivir un tiempo a su lado, hasta que me acusó de haragán. En ninguna empresa me aceptaban como su empleado. Lo mismo sucedió con mis demás hermanas, nadie quería ya tener algo que ver conmigo. Me alejé de mi hermano; con el tiempo le empezaba a pesar mi presencia, sus hijos y mujer estaban cada vez más incómodos. No..., no. Jamás les causé ningún lío.

Aunque me vi envuelto en varios de ellos, siempre intenté alejarme. No con mucha suerte.

El próximo en acudir para pedir apoyo fue mi gran amigo de infancia, pero ya había muerto tres días después de que salí. Conocí muy bien a su esposa. Me invitó a quedarme algún tiempo y acepté, pero al darme cuenta de los pasos en que andaba la hija, decidí largarme de ese lugar. La chica se acostaba con cualquiera para uno que otro favor. Tenía apenas dieciséis años. En la última fiesta que asistí, con la esposa de mi difunto amigo, se armó un alboroto. Hubo disparos. Cuando llegó la policía, no dejaron ir a nadie del lugar hasta que nos interrogaran a todos. Se me encontró fichado, pero la libré llevándome sólo una advertencia de la autoridad.

Cuando noté que la mala suerte andaba tras de mí, tal vez ya era demasiado tarde. Pensé en aislarme de mi gente, pero ya me buscaban.

Al entrar a una tienda comenzó el robo, dos tipos salieron de mis lados. El de mi derecha arremetió al del mostrador con una pistola. El de mi izquierda le pateó una rodilla a un cliente haciéndolo caer. En menos de tres minutos vaciaron la caja y huyeron con el dinero. De mí ni se preocuparon, quedé parado a mitad de la puerta. Cuando reaccioné, unos segundos después de que salieran los ladrones, quise dar unos pasos fuera de la abarrotería y

mirar para dónde agarraban. Creo que ésta fue la mayor sospecha que provoqué, pues cuando volví la vista, el encargado me miraba y dos compradores ya venían sobre mí. Rápido entendí que no iban a esperar a que les explicara. Harían justicia por ellos mismos. Corrí hasta que no los vi más. Estaba perdido.

De a poco, Luis fue enfrascándose en situaciones peores. Intentó albergarse nuevamente con la esposa de su fallecido amigo. La mejor bienvenida que recibió fue la sonrisa de la niña de dieciséis años que le abrió la puerta. Él preguntó por la madre. Ésta apareció entonces y al mirarlo saltó embravecida sobre Luis.

—¡Eres un...! —lo cogió por el cabello, mientras tanto él ansiaba alejarse.

—Espérate, qué te pasa, explícame.

—Es una niña, cabrón...

—No entiendo.

La madre, con llanto colérico, asestaba los últimos golpes a Luis en el rostro. La niña tenía poco más de un mes de embarazo. Ésta seguía sonriéndole a Luis frívolamente.

Por tercera ocasión Luis se escabulló. Buscó al hermano que tanto le había ayudado mientras estuvo recluso. Aquél no quería saber más de su hermano menor, se lo dijo evadiéndole la mirada.

—Si vuelves a meterte en otra, olvídate. ¿Recuerdas que te lo dije?

Los motivos lo empujaron al exilio. Vivió un tiempo en un auto abandonado, muy distinto a aquel en el que acostumbraba dormir. Aquella su camioneta de tres y media toneladas, de redilas, roja; para entonces una chatarra a la que no se le adivinaba el año.

No reparó en tomar la oportunidad como su última opción: la mujer que conoció en su estancia en la cárcel. No la buscó, ella dio con él. Luis mendigaba alimento entre la gente, los días de mercado. Cuando al arrebatarse un trozo de pan a una niña, mirando hacia arriba, hincado y engullendo, vio a la mujer. Diferente de como la conoció. En su reencuentro la notó regordeta, de cabello corto, teñido de rojo, con el mismo aire de matriarca.

—¿A poco eres Luis? —Avergonzado asintió. —Pero, ¿qué te has hecho? —la mujer lo humillaba contrastando su pasado con su actual estado.

—Me ha ido algo mal.

—Sí, ya veo. De cabrón y culero seguro, ¿verdad?

—No, ya no.

Cada palabra de Luis parecía ser medida con perfecta exactitud. Lo más probable es que no quisiera que la mujer se fuera sin él.

—Échame la mano.

La mujer le sonrió, le indicó el camino con una leve inclinación de la cabeza y se puso a andar. Luis la siguió, en lo que masticaba el pan que le quedaba. Parecía como niño temeroso asiéndose de las enaguas de la madre.

—Ni te imaginas lo que sentí. Él tenía que pasar por todo esto, no yo. Debí haber dejado que lo agarraran, tal vez así hubiera aprendido pronto y no habría acabado como lo hizo. Qué te cuento a ti, si ya tienes todo un historial aquí adentro, y allá afuera que es donde más. Esa mujer en serio que me ofreció mucho y lo tomé hasta donde pude. Pero, ¿pegarme a mí? Por eso la dejé, no quise golpearla nunca, soy un caballero dentro de lo que cabe. Sólo me aguanté para... ¡ah, pues ya viste las fotos! ¿Verdad que no está mal? Pero bueno, pobre del Beto. Todavía veo su cara de susto cuando me acuerdo. Corriendo entre la gente, como lo vi la primera vez desde la esquina. Le robó una cadena de oro a la señora, y ahí viene corre y corre. Tal vez nunca se imaginó que se volvería a encontrar conmigo, pero no que yo mismo le detendría su carrera para siempre.

—Dices que te lo ensartaste, ¿no?

—Sí. Se dobló ante mí, soltando la cadena. Las personas no se dieron cuenta que lo piqué. Él se fue corriendo otra vez, yo me agaché para recoger la medallita y que volteo estando así, inclinado. Llevaba una mano en las costillas, como sosteniendo algo. Me enderecé y la señora, llorando, me agradeció. Ya en mi casa nada más esperaba que fueran por mí.

—¿Y tu familia?

—Espero que por lo menos se acuerden de mi nombre.

—Tu hermano sí se va a acordar.

—Claro, va a venir por mí, cuando termine mi sentencia. Vendrá a recoger mi cuerpo.

## AUSENCIA

En un mismo sitio coincide un pequeño grupo de personas, quienes provocan una sensación que se acumula en la garganta, de alegría o repulsión; parece un congreso de lisiados.

La pareja más cercana a la puerta trasera del microbús son dos mujeres, una es mayor, unos veinte años más que la otra. La más joven habla con un apasionamiento desbordante, casi ridículo. Desvaría sobre su futuro tan incierto, como lo que ahora le provoca esa alegría ilusoria, un éxito que no es comprobado aún por el desempeño del examen de admisión al que fue sometida. Su compañera la mira directo a los ojos, pero su concentración no está en la plática, también tiene una falsa ilusión en la mirada. Aunque parece avergonzarse un tanto la actitud de la otra, le acerca los labios a la frente.

Del otro lado, en la fila izquierda de asientos del vehículo, un individuo de entre veinticinco y treinta años, le gana el lugar a un anciano, sin preocuparse en la manera paternalista que otros han adoptado por proteger al viejo. Éste levanta su brazo haciendo una barrera para evitar la ofensiva de los pasajeros. La acción lo desequilibra y con un manotazo se sujeta del pasamanos. No pasa nada más.

El transporte hace una parada bien pegado a la acera, no como ha acostumbrado a lo largo del recorrido. Una vieja adelanta a un tipo de movimientos torpes para que suba primero. Una vez arriba, se acomodan en los dos sitios que quedaron libres, pues alguien más se prepara para la siguiente parada. La anciana se acomoda justo en el asiento de atrás de su acompañante. Otra escala llegó. El viajero junto a la octogenaria se levanta con un sobresalto para poder alcanzar la puerta abierta, antes de que el carro continúe avanzando. La mujer pone su mano en el lugar vacío y llama al hombre frente a ella. Éste se para con dificultad, incomodando a bastonazos al pasaje, hasta que llega al asiento apartado. Aunque la imprudencia fue molesta, nadie atreve una intención hostil. La anciana sonrío por la llegada de su compañero, menos viejo que ella, pareciera que recuperara algo preciado. Le planta los labios arrugados en la sien derecha.

El hombre que momentos antes había ganado el asiento al anciano, ahora se levanta abruptamente, empujando no sólo al viejo, sino a todos los que se le hacen abrojos en el pasillo, hasta llegar fuera del microbús. Espera frente a la puerta trasera del vehículo, pero mirando a otro lado. Es el mismo viejo que lo encubriera momentos antes, quien lo sigue y baja con dificultad, sujetándose con el mismo brazo que utilizó de defensa para el tipo. El

vehículo reinicia el camino con parte del pasaje mirando alejarse a la pareja de abajo, mientras el anciano coloca su palma en la nuca del joven. Algunos de los usuarios intentarán entender lo sucedido, pero nadie acertará al porqué de las acciones del joven contra el anciano.

Lo mismo ocurre acabado el breve viaje en el Metro: el muchacho de mirada perdida dejó atrás al anciano sin importarle que las puertas del vagón pudieran aplastarle el brazo. Como si se lo hubieran vuelto a arrancar, el viejo sujeta su propio codo izquierdo levantado frente a su rostro, mirando al vacío del túnel. Una sensación de horror paralizante parece que lo acecha desde esas penumbras, un dolor inconcebible que apenas podría explicarse y por consiguiente entenderse, le devuelve movilidad a los dedos. En medio de esa sensación incorpórea, el viejo sonrío frunciendo con dolor el ceño, en tanto el muchacho lo saca de su trance cogiéndolo del antebrazo. Dos trenes cruzan a toda velocidad sobre las vías, levantando una brisa que refresca la espera.

Una vez fuera de la paranoia subterránea, se alejan de la valentía del cuerpo policiaco, abandonando las grandes avenidas, introduciéndose a las calles sumidas, donde a la ley se le termina la jurisdicción.

Parados los dos frente a la puerta de la entrada, parecen compartir sus carencias mutuas, Arturo Esquivel Ortiz, como si intentara sujetar la chapa con un brazo que no lo obedece, y el anciano, como si tuviera una obsesión apasionada por mirar muy de cerca las puertas. Entonces el viejo Andrés se decide a adelantarse a su hijo, consiguiendo sólo golpear el cristal con el muñón de su brazo izquierdo. La frecuencia de ese acto es nueva para el viejo, aunque se extraña de no lograr su cometido. Para Arturo la acción no ha parecido sorprenderle. Saca las llaves, abre la puerta y entra a la casa, dando un empujón a su padre.

Una vez dentro, la situación no es diferente a como lo es afuera. Arturo se dirige, sin otra cosa en mente, a su colección de aviones a escala; algunos descansan sobre el tocador, otros penden del techo, pero todos dispuestos de modo tal que parecen simular una acción: aterrizar, despegar o en vuelo haciendo algunas maniobras, dependiendo del tipo de avión. El viejo Esquivel se sienta frente al televisor, en un sillón mugriento color vino en donde la tela evidencia la espuma también sucia; los bordes decorativos de madera tienen tasajeadas y golpes que hacen ver la madera en su color natural. Arturo reposa la barbilla sobre sus manos emparedadas, que a su vez descansan en un breve espacio del tocador, mirando con fijeza inalterable sus aviones armables.

Andrés mira en la pantalla del televisor el reflejo de la manga doblada de su camisa.

Andrés Esquivel es un hombre de setenta y tres años, pero que desde los doce ha aprendido a vivir sin parte de una de sus extremidades. Le amputaron el antebrazo izquierdo, luego de que un grupo de compañeros en la primaria se lo molieran, por accidente, con la puerta del salón. Cuando llegó el profesor a cerciorarse del buen comportamiento de sus alumnos (pues él disfrutaba del convivio que cada fin de mes organizan las escuelas públicas), al único que encontró fue a un alumno fuera del salón, el único que no pudo correr tan aprisa para huir del regaño. Éste se encontraba preso en la hendidura entre la pared y la puerta, mientras los de dentro insistían, a como diera lugar, en cerrar. Al llegar la ambulancia, vieron que el brazo de Andrés estaba casi tan aplanado como bistec, la presión que se ejerció, dejó una zanja morada en la piel. La marca no desaparecía aun después de haber pasado una hora. Camino al hospital, los dedos empezaron a perder movilidad. Los doctores con sólo mirarlo le dijeron que ese brazo ya no tenía salvación:

—Llévenselo, porque aquí no contamos con el equipo necesario —  
remataron humanitariamente los doctores.

En adelante fue todo más complicado para Andrés, pero mientras se resignaba iba adquiriendo habilidad, a veces se olvidaba de su ausencia y tiraba vasos o chocaba con puertas, esperando que su mano faltante hiciera su trabajo. El uso de una prótesis era impensable por su situación económica, pero de cualquier modo se acostumbraría. Ahora el viejo Andrés pasará por una etapa aún más difícil.

Con la cabeza tendida hacia atrás, Andrés dormita. Reconoce la risa de su hijo en el sueño, no lo ve como el tipo mecanizado que es hoy. Entremezcla sus dedos del brazo izquierdo con el cabello del pequeño y despierta de a poco. Cuando abre por fin los ojos, Arturo está frente a él, sujetando un avión que le extiende al pedazo de miembro que está levantando su padre.

—No tienes mano —hiere Arturo.

—¡Lárgate, pendejo! —dice en ofensiva a su hijo—. Mientras Arturo se sienta en el sillón, haciendo relevo a su padre. Con la mirada incrustada en el juguete vuelve a aquel estado indiferente con la realidad. Andrés regresa arrepentido para disculparse, pero su hijo no se ha incomodado por el disgusto que ocasionó, Andrés lanza un soplo melancólico y sigue el camino a su *cuarto de casa*.

El día empezó frío y así continuó hasta el regreso al domicilio, pero esa misma sensación de frialdad se sentía siempre entre esos dos desconocidos familiares. La rutina es gris y poco podía hacer uno por el otro. Como en ese momento en que Andrés cocina y a su hijo no le importa algún posible accidente. Pero el viejo ha sabido arreglárselas por mucho tiempo con esa situación. Llama a la comida a Arturo, mientras éste reacomoda el avión que sujetaba para limpiarle el excremento de mosca. Una vez los dos están sentados ante la mesa, temen iniciar una conversación incómoda, pero sin importarle a Arturo que así sea o no, inicia con ella.

—El hombre que iba parado a tu lado llevaba un llavero de un Concorde, aunque cualquiera pudo saberlo, por su punta distintiva en la cabina—. El viejo no se extraña en la fijación de esas pequeñeces que Arturo memoriza. —Lo más probable es que fuese conseguido en el aeropuerto y que se lo hayan regalado—. Pero lo que le sorprende a Andrés es que Arturo no se haya dado cuenta del enfado que ocasionó.

—Te iban a golpear, ¿te diste cuenta?

—¿Estábamos cerca del aeropuerto?

El viejo calla y con el mismo temor con que iniciara la charla termina los alimentos. De vez en vez Arturo lleva cucharadas a su boca imitando el

ruido de un avión, a esto está también acostumbrado Andrés. Ambos se levantan y siguen a pie de la letra la rutina: el joven lava los trastes y el anciano se dirige al televisor. Apresurado, Arturo finaliza la tarea antes de que atardezca. Como cada jueves, pide al confundido padre dinero para ir a comprar otro avión más a escala. Andrés duda entre acompañarlo o dejarlo ir solo, como propuesta de los médicos para un correcto desarrollo social, pero al fin se decide y lo deja ir.

Aunque en el comercio ambulante que está a la vuelta de su casa es conocido, Arturo no cruza palabra con nadie, los saludos parecen asustarlo, después de cada una de esas muestras de afecto, él baja la cabeza hasta pegar bien la barbilla en el hueco que hay entre las clavículas y anda más rápido. Al fin llega al puesto que vende los aviones a escala. Hay entre ellos una gran variedad que, de éstos, muchos aún no tiene, pero hay uno en especial que llama su atención. La caja muestra una vistosa imagen del ejemplar que hay dentro, con el nombre del avión en letras pequeñas en el borde inferior derecho. Arturo lo coge y sin reparar en el cambio que tiene que devolver a su padre, extiende un billete de quinientos pesos, le regresan ciento cincuenta, el más costoso que ha adquirido.

De regreso a casa pretende darle al viejo una plática erudita acerca de la pieza. A pesar de que Arturo no sabe mucho de aviones, en el camino memorizó bastante de la información anexa, y fue todo eso lo que Andrés escuchó. Lo único que la memoria del anciano registró fue el nombre: Hércules C-130. En vista de la emoción que nota el viejo, no le da demasiada importancia a lo mucho que gastó Arturo, cree que dejándolo interesarse desmedidamente en algo, pueda ayudarle y después le sea más fácil conseguir amigos. Ahora cada uno sigue en sus actividades, Andrés mirando la televisión hasta quedarse dormido, y el joven armando su avión, pasada la media noche.

Arturo se alista para dormir, antes de hacerlo va a la cocina para beber un poco de leche fría, de regreso pasa por enfrente de su padre saltándole las piernas que mantiene estiradas. Asegura la puerta con el doble giro de la chapa principal, luego el de la barra y engancha la pequeña cadena. Decidido a irse a su cuarto, apaga el televisor (el más pequeño ruido le incomoda a la hora de dormir) y vuelve a saltar las piernas de su padre. Andrés mira por la angosta rendija que ha hecho entre los párpados del ojo, con el que espía a Arturo, hasta verlo desaparecer en la oscuridad de su cuarto. El viejo se levanta con lágrimas escurriéndole en la cara, pues su hijo lo ignora, y ante esa realidad,

Andrés se protege anteponiendo unas palabras apenas perceptibles —ha de ser esa enfermedad que los doctores no le han encontrado—. Arturo escucha a su padre cerrar la puerta, a pesar de que éste lo hace lo más suave posible. Arturo por fin cierra los ojos, con enfado; cinco segundos después el ruido del motor de un avión se deja oír, recostado y sonriendo, el joven se relaja dejándose arrullar.

Como siempre, Andrés es el primero en despertarse, para esas horas ya olvidó el incidente emocional de la noche anterior, e intenta iniciar el día dándole prioridad a la salud de Arturo. Prepara el desayuno con la misma idea en mente. Hay momentos en que el enfado empieza a vencer el torpe sacrificio, convirtiéndose todo en apatía, por una condición que va más allá de sus posibilidades. Pero el viejo vuelve a razonar, lo hace por bien de su hijo sin importar lo que deje de hacer por él mismo; el dolor es impensable como lo es el brazo del que carece, justo eso es algo de lo que no debe enterarse Arturo, que de hecho no lo entendería.

Andrés mira la placidez con que duerme el joven, la expresión en su rostro es la misma que cuando está despierto, no hay algo que parezca perturbarlo; la misma quietud con la que observa sus juguetes. Al anciano le

tiembla la mano derecha cuando intenta removerle el cabello en señal de estima, sólo opta por rozarle la mejilla. Arturo despierta con un mohín que apenas se puede adivinar, le mira la mano al viejo, con que segundos antes le enjugara, sin quererlo, la saliva. Algo en el interior del joven le sugiere responderle a su padre el gesto, pero éste no sabe interpretar las señales que de la sociedad se aprenden y a ellas se vierten. Ambos sacuden las ideas, uno de ilusiones vanas y el otro de un amodorramiento que su cerebro no logra discernir; regresan a la rutina.

Al tratar de salir lo más rápidamente posible, Andrés golpea su cabeza con la puerta, aunque el error no fue por un mal cálculo de distancia, sino por intentar dar vuelta al pomo con la mano izquierda, misma en la que creía haber sentido la humedad del fluido recogido del rostro de Arturo. Éste, lejos de burlarse con risas, entramó una analogía que hizo enfadar a su padre.

—En un avión en pleno vuelo es imposible abrir una puerta, la diferencia de presiones que hay en el interior y exterior de la nave es obvia.

Andrés, ante el ataque de esas palabras, que apenas pudo descifrar, lo único que puede asociar con su torpe incidente, es la palabra “obvia”, que para él es sinónimo de “tontería”.

—Si hubiera un intento de despresurización... —intentó continuar Arturo.

—¡Ya cállate, cabrón! —Encolerizado dijo el viejo.

Andrés está por llegar al límite de su paciencia, y por más que intenta engañarse, equilibrando la balanza de los momentos buenos y los malos, en favor de Arturo, el peso recae en ese bienestar propio que hace mucho no tiene. Pero es su hijo y de él depende, no tiene más, se dice Andrés cargando con una culpa infundada.

Es aún temprano y salen de casa para dirigirse a la estación Mixcoac del Metro. Andrés está decidido a seguir siendo el apoyo incondicional de Arturo, aunque éste no esté siquiera interesado. Ya no tiene nada que cuidar para bien suyo; difícilmente comprende que el dolor es una ilusión, cuando mira su antebrazo izquierdo amputado, pero la movilidad inmaterial de sus dedos lo hacen debatirse entre la razón y las sensaciones.

Andrés permite que su hijo lleve uno de sus aviones, tras una insistencia que ve lamentable. Arturo llora con una facilidad actoral y se enfada tras la frustración de no poder hacer lo que sus deseos le dictan. Ahora Arturo anda feliz detrás del padre mientras planea su juguete entre nubes de esmog.

Es hora pico, cuando el Metro no es lugar para los no aptos y Arturo se encuentra ahí. Si Andrés fuese solo, le importaría poco a quién pisara o a quién le clavara el codo en los costados, pero lleva consigo a Arturo, lastre de su vida diaria. Queda dos personas atrás de su hijo, así que lo lleva vigilado. Arturo mantiene en alto su avión a escala, con el brazo completamente extendido, su estatura es apenas mayor del promedio de los ahí oprimidos. Andrés lo ve con vergüenza, lo juzga como seguro los demás estarán pensando —ya estás demasiado grandecito—. El tren se detiene en seco, lo que provoca que un sujeto golpee a Arturo en el rostro con la cabeza, Andrés le hace frente al tipo lanzándose entre los demás usuarios, cogiéndolo de la camisa. El tren vuelve a iniciar su marcha y el viejo cae, se maldice en sus adentros por haber olvidado que no iba sosteniéndose. Se ha hecho un tumulto; va sólo una mujer entre tantos hombres. La mayoría no tiene idea de que el viejo y el muchacho van juntos. Las puertas se abren y debido a la disposición de la gente dentro del vagón, los de fuera suponen que nadie va a bajar, que están haciendo espacio, así que se arrojan a empujones. Los que llevan el alboroto intentan retener el tropel que ya tienen encima, mientras el anciano es ayudado a levantarse por la mujer. Arturo y el atacante están uno frente al otro, replegados en los extremos de la puerta mirando al viejo en su

miseria. Andrés apenas está de pie, toma fuertemente al muchacho de la mano en donde lleva el juguete, eso obliga a que lo suelte. Mientras se va jaloneando mira atrás, ve como el Hércules C-130 acaba destrozado por las puertas del vagón al cerrarse. Esta vez Arturo sufre un ensimismamiento más emotivo que el de un berrinche y camina a la par del padre.

Por un momento Andrés se haya perdido, pues el conflicto anterior lo confundió, avergonzado tuvo que bajarse una estación antes del transbordo a la línea siete. Regresa al andén a esperar el siguiente tren, no se da cuenta que Arturo se quedó inmóvil unos pasos detrás de él. En su rostro parece dibujársele por primera vez lucidez. El viejo voltea a mirarlo y con una expresión de fastidio y acaso odio, le dice a Arturo:

—No sé cómo es que no me has matado hasta hora, sino es este maldito dolor, lo harás tú.

Andrés le extiende el brazo a Arturo para que se acerque a él, pero la repentina acción del joven lo toma por sorpresa sin darle tiempo de esquivar el ataque; Arturo empuja al anciano con las dos manos sobre su pecho haciéndolo caer sobre las vías, por suerte al intentar apoyarse, sobre las líneas energizadas, lo hace con aquel antebrazo molido de su infancia, para evitar electrocutarse. El momento es tan breve como para que alguien pudiera bajar a

ayudarlo o el tren lograra detener su marcha. Éste se detiene hasta pasados unos tres vagones sobre el viejo. Dos personas sujetan a Arturo de los brazos, mientras dice: Él me dijo.

Arturo atendió en un sentido muy literal las palabras de su padre y aunque pudo entender que no debió hacerlo, no entendió la falta de interés de la gente por lo que él considera importante.

## FUGA DE CEREBRO

Sofío tomó la decisión de abandonar su hogar por serias diferencias; no aceptaba que el cargo de su padre en la delegación les permitiera subsistir a costa de otros: de los ambulantes frente a su casa los días de tianguis. Les pedía una pequeña cooperación para dar a los policías en turno, una mordida para no levantarlos y parte de la tajada para él.

Su madre, directora de una primaria pública, exigía la cooperación para el supuesto mantenimiento del centro educativo, del que lo único que cambiaba cada ciclo escolar eran los muebles de su oficina.

Sus hermanos empezaban a seguir las mismas tendencias, uno de ellos, el que estudiaba Ciencias Políticas, consiguió un puesto en el partido de los empresarios, haciéndose creer que saldría de pobre manejando el ambulante de su colonia. Pero Sofío fue el integrante de la estirpe que entró en las estadísticas de la fuga de cerebros. No siendo suficiente, nació con un defecto aún más grande, el de buen corazón. En plena libertad de su independencia, conoció a Sandra, una joven de la misma edad, pero con un coeficiente intelectual promedio. No se interesó en ella por eso, fue por la *pobre, pero honrada*, casta de la que descendía. Una familia igualmente común que

superaba la lámina como vivienda, donde los muros no quedaban en obra negra; aunque un simple aplanado no fuera algo que Sofío apreciara, pues los materiales de sus acabados iban de madera de primera al cristal fino.

Sandra les contó a sus padres de un amigo y el *proceso de separación* en que éste se encontraba. Éstos se sintieron ennoblecidos, así que le tendieron la mano ofreciéndole su hogar. Claro que no podían arriesgar el apellido, exponiendo a su hija, tan fácilmente, a un hombre, así que le acondicionaron una pequeña habitación. Lo que para los padres de Sandra fueran apenas previsiones discretas, para Sofío todo era evidente, pero no le molestaba que trataran de tomarlo por tonto, se encontraba muy por encima de eso para enojarse.

Gracias a las presiones de sus padres para prepararse, Sofío logró terminar dos carreras y tomar cursos de lenguas extranjeras. Sus padres, a pesar de las ideas retorcidas que tenían acerca del éxito profesional, tuvieron el atino de obligarlo a estudiar; consideraban que sólo así podía tener debajo de él personas que hicieran el trabajo sucio. Pero Sofío no continuó con los planes; tenía un gran talento para desarrollar habilidades que apenas aprendía y usaba siempre en favor del bien social, algo que no convenía a su padre pues terminaría con su mina de oro. El mismo Sofío reubicó a los ambulantes en

una plaza que él mismo gestionó en la delegación, saltándose los trámites burocráticos, por los cuales su padre ganaba dinero. Su habilidad en administración de empresas y economía, que aprendiera de una universidad privada, lo hizo rival mortal de su mismo hermano, y antes de que dejara en ceros la fortuna, que bien podían utilizar los otros cuatro herederos para continuar con el negocio, lo echaron del hogar.

Los primeros días en casa de Sandra se lamentaba, pero sobrevino pensando en que vendría algo nuevo. Ya que la prole con que había llegado parecía necesitar serios cambios, se entusiasmó de poder lograr un triunfo más. Como sus padres dejaron de apoyarlo, no pudo sostener la reciente carrera que había iniciado. Eran los exámenes finales y asistió a ellos con la desesperanza de poder llegar al siguiente semestre. Salía muy temprano de casa mientras todos aún dormían; lo hacía de madrugada, pero ya que el televisor se apagaba muy entrada la noche, les amanecía hasta pasado el medio día.

Treinta minutos después de que Sofío saliera, lo seguía el señor Fernández, iniciando así la rutina. El último día que Sofío presentaba examen, un viernes, el señor Fernández ya lo esperaba fuera de la casa. Sofío se sorprendió y se intimidó.

—¿Listo, hijo? —le preguntó el señor Fernández.

—Eh... sí, sí señor. Nos vemos en la noche.

—Sube, te llevo. —Dijo el señor Fernández abriendo la puerta del vocho rojo quemado.

—No se preocu...

—¿A dónde vas? A la escuela, ¿no?

—Sí... pero... Está bien.

Lo que quería el señor Fernández era indagar sobre las actividades de Sofío, pues le parecían sospechosas sus salidas tan tempranas. Mediante su labor de investigación, pudo confirmar la falta de compromiso y responsabilidad de sus hijos, así que apostó su futuro en él. Llegada la noche de ese viernes, como pocas veces había regresado a casa, el señor Fernández entró contento. Antes de incluso preguntar por su esposa, lo hizo por Sofío, él no había llegado aún. Sandra no bajaba de su habitación, a no ser que escuchara la voz de su exitoso amigo, evitando con ello también a su hermano Anuar. Él tampoco salía mucho de su habitación cuando se encontraba en casa. De tres a siete vendía *softwares*, videojuegos y *anime* piratas en un puesto desarmable. Entre ella y su hermano existía una gran diferencia de

ideales: ella, de alguna manera, pensaba en cambiar al mundo; él, en descomponerlo.

Cuando por fin llegó Sofío, decaído porque sabía que no volvería más a terminar su tercera carrera, el señor Fernández lo abordó de inmediato. Sandra venía bajando las escaleras con los ojos hinchados, haciéndose la sorprendida al mirar a Sofío. Él, desde la entrada, en medio de la oscuridad del patio, le pareció ver a Sandra en pantalón de mezclilla, zapatillas y una blusa escotada. La joven se acercó hasta el muchacho y su padre. Sofío descubrió lo desaliñada que estaba Sandra, en un pantalón de licra ajustado, camiseta corta y pantuflas. Ante el incómodo momento, el joven quiso huir, pero ella y el padre se lo disputaron.

—¿Cómo te fue, hijo? —el padre se adelantó.

—Pues bien señor, per...

—Ven, quiero enseñarte algo —intercedió Sandra.

—¿Puedo pedirte un favor, hijo?

—Ay, papá, ya vas a empezar...

—Dígame, señor —con esto Sofío terminó la discordia.

El señor Fernández pidió a Sofío que abogara por él con sus padres, pues quería introducirse en los negocios. Contaba con dos carritos de

hamburguesas y *hot dogs* para ponerlos en circulación. Los trabajadores responsables serían Anuar y Sandra. Claro que sus hijos no estaban enterados de ello y tampoco los había consultado. Sofío pensó de inmediato en Sandra, a ella no le gustaría la idea y a él no le gustaría verla trabajar en eso; pensaba que estaba bien por Anuar, la piratería merecía un castigo.

El señor Fernández esperaba que Sofío llevara el negocio de un momento a otro hasta las nubes, pero para eso el joven tenía que hacer un estudio de campo, así que mientras vendía en compañía de Sandra, usaba su asombrosa habilidad en la oferta y la demanda. No se trataba de algunos días, eso duró meses en lo que la inversión se fortalecía. Una vez controlada esta etapa casi en su totalidad, había que nivelar, ajustar y reducir los gastos y movimientos de la materia prima en sus excedentes. En otras palabras, se dejaba influenciar por las mañas del señor Fernández. Dejó de meter productos de primera calidad, buscando lo más barato, aunque Sofío se negaba, el señor Fernández lo incitaba guiñándole un ojo. El muchacho no se dejaba hacer cómplice sólo por simpatizar con el señor, sino por no perder el refugio. Caso contrario de Anuar que, por ser privilegiado con el rol de hijo, le importaba poco no ayudar a su padre: A mí no tiene por qué presionarme,

trabajo y, además, soy su hijo. Que trabaje el pinche metiche, ¿tener comida y casa gratis...? ¡Nombre!

Los conocimientos de Sofío fueron demeritándose, llegando al nivel de sólo utilizar su perfecto inglés para leer los empaques de queso americano líquido y copiar recetas extranjeras, economizando otro poco más. Hasta Anuar, de vez en cuando, le pedía ayuda en la traducción de su material que venía en francés, otra de las lenguas que dominaba. Así fue como Sofío fue entrando en un conflicto existencial, nunca había tenido que luchar contra la insistencia del conformismo. Si algo bueno tenían los suyos, era la capacidad de sobresalir, a como diera lugar, pero lo lograban.

Lo que parecía otro logro más, se fue convirtiendo en una comodidad irresistible de rechazar: librar los días que quedaban para la quincena sin demasiado esfuerzo, sin pensar en los planes a largo plazo. El entusiasmo con que había llegado a casa de los Fernández, aunque algo tímido, dejó de rendirle al jefe de la casa, a pesar de que el mismo señor Fernández lo hiciera su socio, su mano derecha.

Igual que ocurrió con ideas pasadas de progreso y evolución, pasó con el frenesí de la expansión de hamburguesas y hot dogs, La Burger Queen. Sofío dejó de levantarse temprano y, ya que no estudiaba más, sus

conocimientos se fueron atrofiando, o iban siendo reducidos para la solución de simples dudas, de las que Anuar resultaba ser el más beneficiado. Aún vivía en casa de los Fernández, pero eso ya no era noticia para Sandra, ahora ella tenía que esconderse de él para poder salir. Se le podía ver con la ropa de dormir todo el día, incluso Anuar parecía mejor vestido que Sofío.

Pero ocurrió que un domingo, día en que la familia entera se olvidaba de sus disputas (incluso Sofío se comportaba como un miembro más), llegó lo que nunca creyeron que podría pasarles a ellos: Sandra no resultó embarazada, ni Anuar cayó por fin en las drogas, Sofío quedó en estado vegetativo sentado frente al televisor. Lo descubrió el señor Fernández, cuando se le estaba ocurriendo otra idea para los negocios. Llamó a sus hijos y esposa.

—¡Chingada madre! —arremetió exaltado el señor Fernández—, es como si hubieras tenido un hijo fuera del matrimonio, Sandra, y naciera pendejo, como vas a quedar tú, Anuar, con esas chingaderas.

Nadie hizo nada por preocuparse del estado de Sofío, bajaron a almorzar dejándolo recostado en posición fetal y con los ojos bien abiertos. Sofío ni siquiera se quejaba.

Una vez que terminaron los alimentos, cada quien se dedicó a sus respectivas actividades: Sandra a dormir; Anuar a bajar material de la web; el

padre a leer las noticias en los periódicos y la madre a lavar; esta última fue al cuarto del joven. Sofío seguía exactamente igual a como lo dejaron. La madre le levantó la cabeza para colocársela en sus piernas, mientras la acariciaba. Notó que sobre las cobijas se extendía una mancha con grumos, como un vómito, la cual venía del interior de una de sus orejas. Pensó en seguir lavando, mientras se levantaba de prisa. Antes de salir, se detuvo pensativa en la puerta, miró a Sofío y, caminando hacia él, dijo: Pobre muchacho. Lo envolvió en una sábana con la que lo arrastró fuera del cuarto; lo colocó en una silla a un lado suyo y se dispuso a lavar.

## EL DESHACEDOR DE NUDOS

Renato se había ocupado a medias de la vida que hasta ahora llevaba. La etapa de ser adulto joven le parecía prematura, pero se resignaba al día a día. Aunque su empleo no era lo mejor y no había oportunidad de subir de puesto, se conformaba por las ofertas que de éste recibía; en cada festividad la empresa refresquera para la que laboró, innovaba en artículos decorativos, pequeños juguetes inservibles, a veces trastes y demás baratijas que, por ser miembro, conseguía con mayor facilidad que cualquier otro consumidor.

Su antiguo trabajo fue de taxista, se dejaba explotar entregando grandes cuentas, que no hubiera conseguido en las cinco horas en promedio que hacen los transportistas públicos, y todo porque eso le permitía estar fuera de casa conociendo calles, plazas, bares, a los que no podría asistir con su familia.

Se hacía cargo de sus hijos dándoles toda clase de obsequios, entre los que le daban de Coca Cola. A su esposa la trataba como a toda una ama de casa, pero a ella no le interesaba, mientras la vistiera de rojo como a su hogar.

Cuando Renato abandonó los estudios medios, tomó capacitaciones de distintos giros: serigrafía, mantenimiento de computadoras, chef empresarial, etc., pero al que le dio mayor importancia fue al de dibujante. La idea que

tenía acerca del arte era un tanto desinformada, pero no por ello le faltaba sinceridad; poco a poco la fue abandonando por el costo del material y unos hijos que venían en camino. Así fue como decidió tomarse en serio el papel de padre de familia.

Los fines de semana se reunía con sus hermanas y madre, que vivían en las casas contiguas (nunca pudo separarse plenamente del abrigo maternal). Aprovechaba para beber con sus cuñados hasta que llegaba la hora en que todos se iban. Renato sólo se interrumpía para despedirlos, luego continuaba bebiendo hasta muy tarde. Temprano por la mañana, los niños se alistaban para la escuela, una hora después él daba inicio a sus actividades. El último paso en su ritual para salir de casa consistía en desatar los nudos de su calzado. Nunca se los quitaba sin desamarrar las agujetas como cuando niño; en ello invertía un gran rato, pero de manera inconsciente y siempre salía a tiempo.

El trabajo terminó por darle herramientas a su galantería —todo hombre que se jacte de serlo, debe tener manos para agarrar un volante (o la presencia para estar detrás de un escritorio) y nada más, para ser una persona respetable—, le hacían saber las varias mujeres mayores, embelesadas por su gallardía,

encargadas de las tiendas a las que suministraba. Pero era una viuda la que especialmente le hacía pedidos de distinta naturaleza a la de bebidas gaseosas; como su ruta no estaba cerca de casa, aprovechaba para atender ese tipo de encargos. Del mismo modo en que perdió o dejó trabajos, sucedió con sus adeptas y todo gracias a su ocioso pasatiempo. Lo que para ellas era muestra de cortesía o atención, para él era un acto obligado, aunque no lo sabía con certeza: deshacer los nudos de los zapatos. Hubo ocasión en que uno de los maridos descubrió a Renato encargándose de tal labor, desde luego ya estaba vestido y con el diablo aún con mercancía, así que no fue tan desconcertante verlo desamarrar los nudos de sus hijos, a la entrada de la tienda.

La cantidad de años que llevó trabajando en ese lugar rindieron frutos, se hizo acreedor a un departamento, con el respectivo descuento a su nómina por otro largo tiempo. Algo que le costó aún más trabajo fue separarse por fin de su madre, tras treinta y cinco años de vida a sus cuidados. Ascendió de puesto, como inspector de zona, sus horarios se hicieron mucho más flexibles y tenía tiempo de sobra, aunque no era el padre ejemplar ni el esposo más atento (eso le seguía importando poco a ella). Su vida a partir de entonces se compuso de un día repetido miles de veces. Los vecinos, hijos, conocidos, veían la misma escena a diario: un hombre serio de bigote que le ocultaba aún

más la sonrisa, de chamarra roja, pantalón gris y zapatos negros, salir por la mañana y regresar apenas pasado el medio día. Dentro de su cálido hogar, las cosas se diferenciaban con el exterior sólo al quitarse el calzado. Ella cada vez más consciente del papel que jugaba, le tenía preparada la comida y traía a sus pies las pantuflas; una imagen exclusiva para ella era la de unos pies calientes forrados en calcetines negros o grises, según el ánimo de Renato.

Los hijos, siendo ya adolescentes, no tenían la mínima oportunidad de drogarse o tener sexo en casa. No es que a Renato le importara mucho lo que hicieran, la única prioridad para él era la tranquilidad. Así es que cada día, al regresar, los hijos veían al padre sentado en su sillón mirando a la ventana. Luego de una hora o dos en que tardaban en hacer la tarea (eso le hacían creer a Renato, la cosa es que él imaginaba que podría ser así), salían de nuevo para volver por la noche, de vez en cuando regresaban con poca luz de día. Mientras, en ese lapso de soledad (porque su esposa tampoco estaba, o sí, pero le daba lo mismo, ni siquiera verla entallada en un vestido rojo, con letras verticales en manuscrito y que rememoraran la silueta de una botella curvilínea, lo hacían voltear), hacía nudos en sus agujetas, esta vez no sólo deshacía los moños que sujetaban el zapato a su pie, retiraba los cordones y los anudaba uno con otro o les hacía nudos a todo lo largo o ponía nudo sobre

nudo y siempre lograba desamarrarlos, aunque no pusiera atención a su dedicada tarea. Las comidas las tenía presentes como recuerdo, y confirmaba que las hacía al sentir el estómago lleno. Apenas le daba tiempo en realizar cierta cantidad de nudos, que se proponía realizar cada mañana, como para tener que levantarse a comer con toda calma. Sus hijos y esposa, en caso de que estuvieran ante la mesa, pensaban que Renato los ignoraba, porque aunque sus propios ojos mostraban estar presente, sus ideas estaban en inventar y desatar un nuevo nudo. Lo único que lo volvía en sí, eran los comerciales filantrópicos de su empresa; sin mirar el televisor sonreía, lo que hacía sentir bien a su esposa, pues pensaba ésta que su crema de frijol negruzca era perfecta.

Renato no reparaba en pensar lo que había hecho bien o mal, de sus propios hijos sólo se ocupaba en que no les faltara estudios y a su esposa dinero. Cuando tenía que darse algún gusto, miraba a su núcleo y se satisfacía; pero encontró eso a lo que recurría con dedicada frecuencia. Al principio tampoco se dio tiempo en razonar si le servía de algo, después se quiso autojustificar creyendo en que podría sacarle algún provecho, cuando se sorprendió hundido en su patetismo, enloqueció.

Arraigada su manía, durante la etapa de autojustificación, se obsesionó con aprender a hacer nudos más complejos. En un viaje que hizo a las costas de Veracruz se pasó largas horas con los pescadores pidiendo que le enseñaran a realizar nudos, gazas y de ligada, comunes entre ellos. Lo mismo que en las charrerías, hacía en los negocios de renta de lonas, pagaba porque le enseñaran a hacer los enredos. El aparente optimismo que sentía al aprender algo que le funcionara, contagió a su esposa, quien formó parte de su entretenimiento. Buscó para él revistas de tejido, en las que los nudos entre sí se volvían casi un arte mayor, de no ser una actividad meramente artesanal. Lo que no sabía Renato era que estaba poniendo las cosas en su lugar, esperando, sin pensarlo, que ellas lo pusieran a él en el suyo; la mujer que antes era sumamente frívola, se estaba convirtiendo en compañera de vida, al compartir esa clase de nimiedades.

Sin hacer demasiado esfuerzo o apenas el necesario, arriesgándose a pequeños sacrificios, sacó a los suyos adelante. No tenía una mínima idea de a qué se dedicarían sus hijos, pues ni siquiera tuvo el interés de saber lo que estudiaron. El hecho es que partieron del hogar, dejando al viejo con sus achaques y necesidades, lo cierto es que jamás se dieron a la tarea de acercarse para ser partícipes de su absurda labor; aunque no era un pasatiempo del que

necesitara mucha ayuda o demasiada concentración. Renato por fin se sintió aliviado de ellos, pensaba ahora en cómo haría para que se alejara su mujer.

Para sí decía que habían obtenido lo que quisieron, que sólo fue un sustento económico del que no esperaban una relación paterna cercana, lo cual no fue algo lejano a la realidad. Pero dentro de las costumbres, fungió su rol al pie de la letra, de hecho él tampoco quiso acercarse a ellos, no expiaría sus culpas por las maldades de niño, guiando o reparando las de los suyos. El ser un padre responsable le había dejado satisfacciones y no eran ver que sus hijos se hicieran unos profesionistas (uno licenciado en derecho penal y la otra en mercadotecnia) e individualistas, sino independientes.

Aunque aún le faltaba tiempo para jubilarse, los momentos en que estaba en casa ya le eran eternos, su hastío iba en aumento con los temas de conversación que sostenía con su esposa, a veces ni siquiera charlaban, sólo se hacían las preguntas necesarias para subsistir.

—¿Ya vas a salir?, me estoy cagando—. Aunque Renato intentaba no pedirle favores a ella, algunas ocasiones era inevitable hacerle notar sus necesidades.

—Ya voy, ya voy... —salía del baño muy apresurada y a veces escurriendo agua. Eso le daba la oportunidad de contonearse desnuda para él o en interiores siempre rojos; si había algo que aún conservaba, era el gusto por la ropa de ese color y un cuerpo respetable, a pesar de su edad y la postura que había adoptado de mujer sumisa. Desde luego, a Renato le seguía siendo un tema de poco interés haberse casado con la “Camarona”, como la conocían sus amigos, significaba un pequeño logro en su vida, pero un lastre también.

Ahora que ella entendía el desgaste físico y pretendía comprender el estado emocional de Renato, su compañía era total, aunque también pensaba con objetividad: no podría dedicarse a algo para su propia manutención y mucho menos habría quien la empleara.

No libraban los días malos, pues los gustos de él no terminaban de coincidir con los de ella, si los calcetines se lavaban con suavizante, los pies de Renato no dejaban de darle comezón todo el día. En su papel de abnegada, ella no emitía ni una queja por falta de atenciones, sólo se dedicaba a limpiar el hogar.

Para las noches en que el sexo parecía inevitable, Renato guardaba una reserva de películas con géneros de *suspense* o *thriller*, las cuales siempre terminaba por explicar a su esposa, y no por alguna falta de habilidad mental

de parte de ella, sino por la absorción casi fastidiosa de Renato por los temas deductivos, un reflejo de su obsesión. Él agradecía cuando se quedaba dormida, para que después de la película y una vez estimulado, diera rienda suelta a la creación de nuevos nudos. Ya muy entrada la noche daba cuenta de la pérdida del tiempo, entrando en un estado catatónico: divagaba sobre su herencia mental una vez muerto, se miraba las manos, tocaba su rostro, temblaba de horror al saberse materia dispuesta a la desaparición, sin dejar un solo rastro de su cuerpo. Lo que le importaba más era no poder explicarse cómo es que se deja de existir, sin referirse a la descomposición de la carne, ni mucho menos a la extinción de sus huesos, sino a lo que lo hacía un humano, un animal capaz de crear —debería haber algo, quedar algo—. Su estado se resumía a una metonimia de la humanidad.

Con cierta periodicidad, los últimos meses de su vida lúcida, reparaba en el porqué de su existencia, pero siempre salía a flote en memoria de su éxito paternal. Aún empeñado en su pasatiempo, se esmeró hasta el nivel de la inconsciencia, pensando que ése sería su legado, desde luego ya no sólo dejaría de importarle a sus hijos. La fiel y paciente esposa no le pudo seguir el paso, aunque el germen de la faena vivía en ella.

El día en que quedó abandonado Renato, su mujer no hizo más que atar dos o tres nudos que aflojaban el gran capullo que pendía en medio de la sala.

Renato, días atrás, dejó de buscar la solución para liberarse de ella.

## SAN NIÑO

*A Tiago*

Los preparativos ya están listos, aunque si quisieran depurar más el ambiente, nunca terminarían; jamás es demasiado para una llegada de ese tipo, piensa el señor Antonio Rosas, mientras deja aún más brillante los marcos de aluminio dorado de la habitación designada para el nuevo integrante. Un cuarto de vida preparando semejante suceso estaba por dar frutos.

Las labores en casa se han dividido, mientras unos, en su mayoría mujeres, preparan los alimentos (los puros y chocolates hubieran sido un símbolo de pobreza), los otros alistan el equipo de sonido, que en festividades de este tipo, siempre son los hombres los que quieren tomar el papel de conocedores en maquinaria y tecnología. Incluso los niños, que en otros casos se sentirían celosos, porque alguien más tome su lugar, realizan gustosos su papel de emisarios; van y vienen desde la esquina de la cuadra a la entrada de la casa gritando que aún no llega. Para los portadores de la bienaventuranza les sería muy difícil perderse, a menos que la fachada ostentara un arreglo de unicel en vez del arco de semillas y flores.

Eunice de Rosas, esposa de Antonio, reza con el rebozo cubriéndole la cabeza, aguardando la orden para salir a recibir al nuevo patrono del hogar.

Desperté temprano para llevar a mi hijo a presentarlo con el señor, la fecha coincidió tal y como la planeé: dos de febrero; aunque ya era cosa del padre o la administración que me pudieran apartar el día. Trabajé duro para pagar \$1,500.

Vivo solo, pero no importa, le puedo dar a mi hijo lo que se merece. Su madre se fue y como las abuelas se metían mucho en mis asuntos, me les desaparecí, ya de tíos y tías ni se supo, primero hacen como que les interesa el chamaco, pero como no quieren mantener bocas ajenas, hacen que la virgen les habla.

Estoy pensando en conseguirle una mamá, para que no sea difícil de más grandecito, así no va a saber que no es la verdadera... Le compré un ropón el día que aparté la misa y hoy en la mañana se lo puse para llevarlo a la iglesia; en el camino me encontré con una peregrinación, para aprovechar me pegué a ellos, así mi hijo llevaba compañía.

Poco a poco me fui moviendo al centro. Al principio, los mismos feligreses me dejaban pasar para no ir en la orilla, porque podían tirarme al

niño los que pasan en bici o las personas que nada más están mirando. Entre más avanzamos, más difícil se me hizo moverme, hacían caras cuando sentían que los codeaba, pero ya que veían a mi hijo no les quedó de otra. A cada empujón tenía que volver a acomodar el vestidito, tapando mi brazo con el que cargaba a la criatura para que luciera.

Ya me había puesto al lado de los que iban en medio, el motivo del desfile; la gente que no iba con nosotros y nos encontró por accidente, pasaba a formarse para besar el ropaje. A mí, o me miraban raro o con desprecio, otros de plano me ignoraban. Cuando de momentos mi hijo lloró, dos viejecitas le pellizcaron suave sus cachetes, pienso que de cariño, aunque en una de esas lloró más.

Cohetes y música de banda se hacen escuchar frente a la casa Rosas. Las comparsas bailan frente a la figura; sus saltos se confunden con la alegría de los niños que corren en círculos y juntos inician una catarsis que, de no ser por la medida que debe guardarse, todos los ahí presentes convulsionarían.

El mayordomo que cede el lugar confiesa unas palabras que dice a la oreja de la talla: “Más que de todos, eres mío y conmigo te quedas.” Le da un

beso y releva su puesto sin hacer caso de las miradas sentenciadoras del comité de seguridad que, luego de unos segundos, pasan de largo la falta.

El señor Antonio y la señora de Rosas atraviesan triunfales *el umbral del recinto dentro de su hogar*; detrás de ellos vienen regalos de todo tipo, a pesar de sus tantos cambios de vestido, hay quien coloca un nuevo ropón color crema, con pequeñas flores bordadas y una mancha rojo amaranto en el revés del dobladillo que nadie advierte, pero que después se atribuirá a un milagro.

El matrimonio Rosas temía por la actitud que pudiera presentar su hijo menor, aun a pesar de las muestras de fe que todos en casa daban luego del infarto por el que pasó Antonio. Para su sorpresa, el adolescente baja de su habitación con los botones de la camisa abrochados hasta el cuello, se alista junto a sus hermanas. El padre siente un orgullo que le inflama el pecho y la esposa, con ojos rosados, abraza a quien ha dado cohesión a su hogar. La imagen queda inmortalizada en una fotografía sobreexpuesta, de la que parece salir una luminosidad del centro.

Cuando llegamos a la iglesia, de inmediato un bigotón se acercó al padre que ya nos esperaba en la puerta, parecía que no nos quería dejar entrar porque en ningún momento se movió de ahí. Al alejarse el tipo, el padrecito no me

quitaba los ojos de encima, mientras bendijo a todos los ahí presentes. No duró mucho el ritual, hasta pensé que si por tanto que pagué merecía tan poco tiempo, pero bueno, ya no dije nada, fuera a ser pecado. Apenas terminó la misa, el padre se metió, parecía que ya le andaba por irse, vi en su cara algo que le preocupó y mirándome agachó la cabeza y cerró el portón.

Andando en la calle principal, un grupo como de diez personas, menos hombres que mujeres, me rodearon y me quitaron de al lado del niño. Dije: “a la mejor le van a sacar fotos y quieren que salga solo”, pero como avanzamos, las personas fueron atrasándose y yo con ellas; en una de éstas nos metimos a una calle más angosta, hasta llegar a uno de los embarcaderos pequeños, ahí me empezaron a empujar.

—¿Quién eres?! ¿qué chingados quieres?! —me decían, y yo pues preocupado por mi hijo, que lo fueran a lastimar—. No nos andes con tus mamadas porque te linchamos, cabrón —por como se acercó la mujer parecía que me quería besar.

—No pues nada más llevé a mi niño a bautizar...

—¿Y por qué puta madre lo vistes así? —al mismo tiempo que me dijo eso me pegó en la cabeza con el puño cerrado—. Llévalo con su pinche madre, pendejo, a tu casa...

—Pues es que nada más me tiene a mí y quería que fuera acompañado como el otro —no acabé de decir eso cuando me quitan a la criatura.

—¿Cuál otro, pinche hereje?! —Al ir cayendo al suelo no pude oír llorar a mi hijo por el coheterío que en ese mismo momento echaban y la banda sonaba más fuerte. Entonces me percaté que el resto de la peregrinación seguía cerca. Entre los dedos que me arañaban veía cómo colgaba mi niño de unos brazos, en ese instante, más que mío de los demás. Ni sentí el dolor cuando me pisaron las manos para no moverme, a cargo de los hombres que, apenas me intentaba levantar, me sometían.

Volví a despertar con una emoción como la de la mañana, pero al verme tirado en un callejón, me acordé de qué había pasado. Como pude me levanté, porque me dolía todo, acabé como santo cristo. Encontré a mi hijo, creí que estaba muerto, pero como estaba encueradito le vi como se le inflaba apenas el pecho.

Por eso vengo corre y corre, me acordé que acá estaba el hospital maternal, nada más que no tiene mamá.

## METAMORFOSIS

### (UNA RELACIÓN COMÚN)

Las más recientes reformas han alcanzado cualquier tipo de empresa, y la familiar no ha sido la excepción. Pero ante tal fenómeno, que nadie había tenido el ojo para exhibirlo, aunque siempre ha estado presente, se decidió reglamentarlo. Tanto en el registro civil como en ceremonias nupciales, se leerá, firmará y dirá en los votos, ahora fielmente estipulados y con carácter obligatorio, la indicación de que cualquier miembro de la pareja deberá hacerse cargo del hogar e hijos, si los hay, en caso de inmadurez por parte del otro, irresponsabilidad o acto que atente con la tradición (según la perspectiva y buen juicio del que quede a cargo); y así hasta verse intercambiados los roles en el núcleo, sin que ello modifique las viejas costumbres de permanecer unidos en las alegrías y en las penas.

En lo que respecta al siguiente caso, declaro ante mi licencia de trabajador social, haber seguido el proceso de principio a fin. La sucesión de hechos datan después de la etapa de la transición, en la que la pareja pasó malogradamente los primeros tres años. Ella fue la que se perfiló a jugar el papel de protectora, aunque en el trayecto se modificaron las actitudes de

ambos, tomando un rumbo distinto. Al parecer es el primer caso en que la relación termina bien a pesar del cambio.

Como sucede con la mayoría de las relaciones que empiezan desde temprana edad, ésta corrió con la misma suerte, la excepción se encuentra en que la mujer (la llamaremos Eva, para proteger su privacidad), no terminó por abandonarlo a él (con el seudónimo Adán), al final del conflicto.

Los padres de Eva dijeron encontrarse felices, a pesar del primer susto por el anuncio de que su única hija fue preñada por un joven en el que tendrían que depositar su confianza y dejar de lado su inexperiencia. De hecho, Adán llevaba tiempo de conocerlos, vacacionó con ellos dos veces, mismas ocasiones en que tuvo sexo con Eva: en el cuarto de baño que compartían las habitaciones de un mismo piso en un motel, en las albercas, en los cerros contiguos el día del campamento, etcétera, y sin contar los encuentros en casa. A pesar de todo ello (cosas que los padres en la actualidad soportan por ser más conscientes, pero que los de la generación anterior, casi extintos, se niegan a aceptar), estos padres hacen caso omiso, pues siguen confiando, como única oportunidad de superación, la mejora genética en sus apellidos. Así transcurrieron los primeros dos años, como es natural, sin el reproche de

la familia política, hasta que, también como es normal, ambos miembros de la nueva pareja fueron ensanchando sus hábitos reales hasta volverse intolerantes uno del otro.

Son bien sabidos ya los estudios sobre la tradición en la familia mexicana, y como con base en ellos funcionan nuestros nuevos programas, adaptamos nuestras leyes para atender a las futuras víctimas del microcosmos. Pero como en todo sistema existe una falla, sea ajena o propia, es de suma importancia poner especial atención a este caso, del que podrían empezar a resultar otras contemplaciones propicias para mantener la tradición autorrepresiva.

Ambos, más por presión que por responsabilidad, tuvieron que abandonar sus estudios y dedicarse a su nueva relación. Él al trabajo y ella al hogar y al hijo; de vez en cuando recibían algo de ayuda, pero nunca de más para que no se sintieran mínimamente holgados. La madre de Eva, según recuerda él, en una ocasión les llevó comida, pero ante el síntoma de macho herido, jamás volvió a suceder. Tal vez sea éste el vaso comunicante que enlaza la situación de Adán hasta lo que quedó de él. Bajo mi propia interpretación, considero que en ese primer momento se manifestó el “yo inconsciente” de Adán, como un infante desprotegido y celoso por otro

impúber. Pero de cualquier modo siguió con el cumplimiento de su deber (tal y como se planea), sin preguntar, ni dedicarle tiempo a sus deseos más profundos. Apenas unos meses después del parto, él ya gozaba de esos derechos que se da todo hombre en una sociedad, en la que se satanizan las libertades dentro de la vida conyugal, y ella se recluía en el encierro de su maternidad.

A pesar de los esfuerzos por buscar la superación personal, con ayuda de la censura psicológica que nuestro gobierno ofrece como apoyos de salud al pueblo, se logró mantener encaminada la relación en un interminable fin desastroso. Cuento con reportes mensuales en los que monitoricé actividades que entre ellos se regulaban (que en su cotidianidad reconocen como educarse a sí mismos). La primera sesión de terapia fue la de Adán (esquema del proceso terapéutico anexo al archivo). Lo siguiente es un resumen de mis anotaciones.

#### NOTA I

Él empieza a verse controlado desde su higiene personal. Dice que ella le aconseja debería tallarse varias veces en la ducha, puesto que como no suele bañarse diario, eso le serviría para quedar más limpio. Los días en que no lo

hace, lo obliga a lavarse la cara, le cuenta los diez minutos para la limpieza de los dientes y supervisa la cantidad de papel que ha de usar cuando defeca. A pesar de que esto le provoca molestias, confiesa sentirse de algún modo protegido. Con placer en el rostro dice haber bebido leche materna de su esposa.

Adán se hizo muy responsable pero dependiente de ella. Si hay algo de lo que Eva no podía quejarse, sin duda, era la ausencia de machismo, que para otras mujeres de su edad, e incluso en estos tiempos, siguen sufriendo. Según las pláticas de él y apoyado en los registros psicológicos, Adán no restringía los horarios a su esposa por temor a la infidelidad, sino porque le dolía que se alejara aunque fuera por unas horas y a pesar de que los motivos de las salidas, eran visitas de ella a su madre.

La confianza entre ellos fue, por un momento (algunos meses), sorprendente: se confesaron sus más bajos secretos. Acciones que, por razones de control, tuvimos que reprimir. Gracias a la atención psicológica que recibían, cuento con el primer sondeo de la sesión de Eva (esquema que también adjunto para la investigación que corresponda); las siguientes son algunas ideas subrayadas que rescaté.

#### NOTA 2

Relata haberse sentido muy conforme con su relación desde el principio. Que para ella no fue problema haberse quedado encerrada en casa con su hijo, “ésa es nuestra labor como madres”, sentenció.

#### NOTA 3

El hecho de haber ido a terapia de pareja fue porque así se lo aconsejaron, para mantener firme su relación y aceptar a quien había elegido, tal y como era. Incluso cuenta que la confianza que entre ellos existía, y que para los demás era causa de señalamientos, no hacía menor daño, que a ella le ayudaba a saber cómo darle gusto a su esposo.

#### NOTA 4

Si salían juntos y él miraba a otras mujeres, ella intentaba comprenderlo, le llegó a preguntar si le gustaría que así se viera: con esa ropa, maquillaje o condición física. Hasta cierto punto fue muy tolerante, pero lo que no aceptó fue que él regresara a casa platicándole de otras esposas. Adán parecía llegar a

la casa de un amigo, pues le platicaba con gran emoción de las chicas que en el día le alegraron la libido.

Sus problemas son propios de nuestra sociedad y de una mentalidad acostumbrada a la dependencia y el confort, incluso el hecho que estemos basados en una familia matriarcal, que es el punto medular de este caso, en específico del individuo Adán. No obstante, haber perdido a su madre de pequeño, se rige por una autoridad de figura materna, su esposa y, en ocasiones, ese mando nace desde terceros a través de ella misma. La esposa fue mimetizándose para su protección, bajo una mirada especializada no podríamos hablar de culpas. Así, lo que al principio fueron coincidencias, terminó por volverse una ley de vida. Eva heredó el mando de su madre y tomó el lugar que dejó la madre de Adán. En lo que respecta al hijo, fungió su rol: el de la discordia, desplazando al padre, apoderándose incluso sobre la madre. Con esto no sólo se completa el término de *Ama de casa*, para este caso, sino que se concreta una realidad hasta cierto punto abstracta.

Él por su parte retomó el camino del abastecedor, y otra vez sin tiempo para sí mismo; ella como administradora de lo económico y de todo aquello

que de ese aspecto dependa, en general la estabilidad emocional. Y el hijo quedó como el intocable por Adán y protegido de Eva.

La rehabilitación fue declarada, por el pasante de licenciado, como imposible, a decir verdad tenía solución, pero debido a la incompetencia de nuestros prestadores de servicios psicológicos y médicos, se produjo la ruptura emocional de la pareja. Me permito confesar, para fines meramente de investigación, que tuve la oportunidad de presenciar ciertos episodios de mimetismo (un término que el médico a cargo nunca supo abordar, lo encontré varias veces mencionado en sus reportes); al llamar a casa de la familia, oía con notable igualdad la voz de la madre de Eva, por lo que pedía se me comunicara con la hija, esto causaba molestia pues resultaba ser Eva y no su madre. No acepto que me estuviera encontrando en un caso de enajenación, ni que estuviera siendo víctima del engaño que provoca un defecto eléctrico en el aparato o la distorsión de las señales acústicas; no sólo la voz podía confundirse, sino las actitudes mismas. Una vez que dejaron de ir a sus sesiones, por las cuales les hacía una entrevista mensual y así saber de su estatus económico, empecé a visitarlos en su domicilio, el cambio se hizo muy notorio (mientras duró la terapia ella tenía un brillo en los ojos). Del mismo modo que Eva veía a su hijo por alguna travesura, la suegra miraba a Adán

cuando éste intentaba reprimir las acciones del niño; el deajo y las mismas arrugas en ambas. Cuando él la acusaba conmigo, como si yo pudiera hacer algo, adoptaba una ridícula esperanza de infante. Las dos mujeres lo ignoraban hablando entre ellas, reforzando sus confesiones ante mí, y como yo no podía tomar partido, Adán inclinaba la cabeza con patetismo y dejaba de hablar.

El último dato que puedo reportar, es un hecho por el cual podría acusárseme de locura o de algún otro desequilibrio mental, pero que, debido a eso deajo, mi renuncia, también junto a este informe. Eva me llamó a la oficina, diciendo con cierto arrepentimiento en la voz, que su esposo había caído en cama.

—¡Se está haciendo pendejo nada más! —dijo en seguida cambiando su tono.

—¿Disculpe? —pregunté sorprendido.

—Disculpe usted, no fui yo, mi madre está algo...

—No se apure —la interrumpí enfrentando el miedo de la situación—.

¿Puedo ayudarla en algo?

—No sé, le hablé porque usted ha estado pendiente de nosotros —lo cual no era cierto ni quería—. Él está muy mal, tiene varias semanas así y creo que...

—Está bien, voy con un doctor —seguro de que no podría hacerse mucho, pues el único que teníamos era un médico general.

En el camino le informé de algunas cosas al médico, por las cuales él asumía que se trataba de una depresión severa. Al llegar al domicilio nos recibió la madre de Eva con un sinfín de maldiciones sobre el desahuciado.

Apenas entramos a la recámara, Adán empezó a retorcerse, creíamos que esas convulsiones eran sus últimos estertores para inhalar vida. Como si las manos empezaran a encogersele, los dedos se le retraían, y luego le siguieron los de los pies; sus gritos se hacían cada vez más fuertes y se le reconocía un cierto tono vigoroso en la voz. La barbilla, como punto de referencia de nuestras miradas, iba y venía señalando uno y otro hombro. Entonces el cuello fue reduciéndose hasta su más pueril expresión, no pareciera que fuera a poder sostener más esa cabeza tan grande. Como si se estuvieran triturando kilos de nueces dentro de un costal, oíamos quebrarse los huesos en dolorosos espasmos. La piel se le estiraba de modo tal que pareciera que se le iba a desgarrar; caía en escamas, trozos que parecían piel vieja; fue adquiriendo colores rosáceos, rojizos.

Sin poder hacer nada, vimos como si el colchón se lo fuera tragando a pesar de los fuertes manotazos que daba. El bulto que antes ocupaba la cama

se redujo a un pequeño cúmulo. Y sin más: tranquilidad, un pequeño montón quedó debajo de las sábanas. Apenas salíamos de nuestro trance horrorizados, cuando un agudísimo sonido se nos introdujo en los tímpanos, como una aguja sonora y dolorosa atravesando hasta el cerebro, lo que hizo que nos cubriéramos las orejas. Suavemente el ruido fue disolviéndose para volverse el llanto de una pequeña criatura. Al retirar las sábanas, vimos un delicado bebé que daba patadas al aire. Entrelazaba los dedos de las manos con los de los pies, como hurgando, provocándose una emoción increíble, una que nunca pudo satisfacer.

#### NOTA FINAL

De lo que estoy completamente seguro es que nunca podré declarar tal evento, en caso de que el asunto sea tomado por una autoridad de verdad competente. Lo único que podría agregar a la investigación es que la frase de Eva: “Es como tener otro hijo”, ha cobrado un nuevo sentido.

## DE LA GINOFILIA A LA MISOGINIA

### SÓLO HAY UN PASO

Del único modo en que pude trabajar en este colegio fue con una prueba de manejo, la de mi escoba, pues el título de licenciado no me sirve de nada y menos a la edad que tengo. Me dijo el director que únicamente dan clases aquí pedagogas, los padres desconfían mucho de los maestros, me contuve al decirle que llamar a un profesor maestro era incorrecto, pues el grado que se obtiene para ese adjetivo es el de maestría y uno apenas logró la licenciatura; no iba a contrariarlo desde mi primer día de trabajo, en el que el mismo día de la entrevista me contrató. El trabajo es de planta, porque hay que cuidar la escuela por las noches, y pensándolo bien, qué otro trabajo me iba a dar tanto, incluyendo casa, así que no lo dudé. Me gustan los niños, pero no de un modo patológico, nos llevamos bien, creo que mucho mejor que sus padres con ellos, a veces creo que eso algún día me va a acarrear algún problema, que algún día se me va a acusar de algo, de algo que un enfermo de verdad, su mismo papá, le haga al niño. Aquí pienso mantener mi distancia, además acercarse a las señoras es más fácil cuando les caes bien a los escuincles. Si te haces como ellos, dicen los estudiosos jerárquicos, “te bajas a su nivel”, saben

que pueden confiar en ti. Pero no los utilizo, lo de sus madres es una consecuencia, si llegué aquí fue para alejarme de las mujeres, aunque todas aquí dentro lo sean, lo bueno es que igual que los doctores, hablo otra vez de grados, nadie te dirige la palabra porque se creen inalcanzables. A menos que necesiten que limpies sus porquerías, entonces te hablan. Si no las hicieron directamente ellas, ellas tienen la culpa, me refiero a lo que hacen los niños cuando ellas se pierden. Ahora sé que no se pierden, de niño creía eso cuando se salían del salón, sólo nos decían “voy con el director, no se salgan”, como si fueran nuestras mamás, que igual nos querían pegar. Entonces iniciábamos guerras de cacahuatazos o espionaje con aviones de papel a otros salones o hacíamos de kamikazes en los baños de las niñas desde el patio trasero, y los profesores ni sus luces. En mi tiempo sí había hombres impartiendo clases. No creo que sólo por la culpa del borracho de Roberto se haya reducido la vacante para ellos.

Ese Roberto es al único que recuerdo que flirteaba con las profesoras. Ahora me doy cuenta: en aquel entonces era tan tímido, casi cobarde, porque cuando llegué a ver en una expedición a los baños de las compañeras una toalla manchada de rojo, me traumé. No volví a jugar más a eso. Ahora es cuando relaciono muchas cosas y me doy cuenta de otras. La planta docente

iba con el director a largas juntas de café y galletas, tampoco es que tuvieran aventuras furtivas como las historias del *Decamerón*, ya estaban muy viejos para eso, no como ahora que se jactan de ser tan profesionales que ni al conserje le hablan, pero si se trata de limpiar la sangre batida en los bordes del escusado, hasta nombre tengo, aunque no sea el correcto. Yo sé el nombre de todas ellas gracias a la ayuda del director, pues cuando me manda limpiar su oficina, olvida apagar su computadora, en la cual, sobre el escritorio se mira un ícono con el nombre “Meandros del profesorado”. No sería de mi incumbencia si no se alcanzara a mirar, como imagen de carpeta, un trasero al descubierto con la falda levantada, y por el uso de ese sustantivo poco usual para un archivo, que sé bien es un guiño al lector, acaso ése sea yo, o un recordatorio para el mismo director.

Cuando llega a venir algún padre de los niños por una reclamación, es común que el director sea quien sale a arreglar el lío, pareciera que protege a un harén, en tanto yo suelo ser víctima de las miradas iracundas de los padres que se dejan imponer por la verbosidad excesiva del licenciado, que termina siempre por tener la razón, él, su instituto, o la misma SEP, pero nunca el padre de familia. Para eso, y por conveniencia, están las señoras; con la mesa

directiva el trato es de mujer a mujer; ése es el modo de control en la escuela o por lo menos el que le funciona al director: hace creer a las madres que sus exigencias serán siempre aceptadas. Mientras que a las educadoras las usa como escudos humanos. Si fueran más como aparentan ser, se unirían a la mesa directiva para denunciarlo y despojarlo incluso del inmueble, pero no, son tan profesionales que no miran al conserje. Además tienen un lado flaco, y yo, que podría aprovechar la situación, me pesa más el trauma de los chamacos... que el traumatado resulta ser yo, porque ellos sólo la ven como la que *enseña*. La miran y le mandan besos cuando no los ve, cuando les da la espalda. De lo que ellos no logran darse cuenta, es de las verdaderas intenciones de la maestra de Danza, o tal vez en ese aspecto sí soy un enfermo, un tanto promiscuo, pues no dejo de verles el trasero a las mujeres. Pero insisto, debería ser un poco más consciente de sus movimientos, comprendo que los haga cuando hay padres presentes, a ningún hombre nos afecta una muestra del taller de danza un tercer domingo de junio que caiga entre semana, pero para ella el contoneo es diario. Desde luego no lo hace por mí; aunque sabe que soy el que siempre está en el patio, no dejo de ser el conserje. Si supiera de la cámara en el baño, que el director tuvo la decencia de no mandarme ponerla, estoy seguro que incluso ahí se movería igual, pero

tendría que unirse al colegiado e indignarse, por lo que se vería obligada a usar uniforme, ropa lo suficientemente holgada como para no incitar a la imaginación. Por eso lo que prefiere es dejar huella de sus caderas en las mentes de los niños, entretener al director que la mira desde su oficina a través de las persianas y soportar las miradas de las esposas celosas cuando ofrece un saludo de extremo a extremo de la pelvis.

Me siento tan cómodo, siento que formo parte de esta comunidad, aunque me rechacen desde la mirada; por eso las recibo y despido con mi escoba cuando se conglomeran en la entrada. Apenas dejan a sus pequeños, se reúnen en grupos, no les vaya a pasar algo, y se dirigen a los gimnasios que ahora hay cada dos o tres cuadras. Se ejercitan con instructores que parecen más fisicoculturistas que profesores de baile aeróbico. Se ajustan en pantalones deportivos que, sin excepción de alguna, se encargan que éstos muestren si traen *culotte* o tanga, en un orden no lógico ni respectivo. Algunas de ellas se dan cuenta de mis miradas y optan por agacharse o jalarse el pantalón de la parte superior, haciéndose notar aún más sus pliegues naturales, entonces ríen y se van. Por fortuna no represento un riesgo para ellas que están fuera, ni para

las que están dentro, lo cual me da mucha tranquilidad por no tener que volver a alejarme de más mujeres.

Mientras acabo de hacer la limpieza exterior, pienso seriamente en el anciano al que día tras día sientan fuera de su casa a tomar la resolana. La hora coincide con la entrada de los niños al colegio que se encuentra frente a su hogar. No me parece que de ningún modo pueda llevar a cabo los planes que las madres rumorean. Temen por sus hijos, que algún día uno desaparezca; serían capaces de linchar al pobre viejo, pues él es el principal sospechoso, porque dicen que hay quien lo ha visto intentar llevar a un niño a su casa con el *gancho* de los dulces. Yo lo miro detenidamente desde la acera de enfrente, una vez que termino de barrer la entrada de la escuela, y creo que en efecto mira con cierta tentación a los infantes que, contrario a las reglas, corren, gritan y empujan. Pero no estoy seguro que pueda hacer algo con esos dedos artríticos de los que cuelgan las golosinas, de lo demás, aunque no tenga hueso, ni se diga, seguro ya no le sirve. Sin embargo yo, yo que sería el único culpable de las miradas prohibidas, no soy ni tomado en cuenta. A pesar de su silla de ruedas, el viejo no puede desplazarse, lo que lo obliga a esperar que la mujer regrese a meterlo. Muchas veces he sentido la obligación de hacer algo

por él, pues siento empatía por la degradación, inferioridad o la poca dignidad a la que se ven obligados algunos hombres. Pero hoy es distinto, soportaré la pedantería de la que supongo es su hija. Meteré al señor a su casa y mientras esperamos a que llegue la desalmada, prepararé un desayuno que merezca el viejo. Aprovecharé hoy que no está el director, las profesoras pueden hacerse cargo un día de sus porquerías sin mí. En nombre de todas, les regresaré un poco de lo que me han dado: pretensiones, impotencia ante sus caprichos y exageraciones... por lo menos a una como su representante. Tendrán lo que merecen. Ella disfrutará por ustedes de mi escoba; el anciano, del hijo de ella y yo, de la satisfacción de sentirme útil.

Espero afuera, barriendo de su lado de la calle. Ha llegado, la misma que sale de la casa del anciano para volver cinco horas después y meterlo a punto del desmayo por la insolación. El pequeño, mientras va preguntando por su abuelo, nota que los voy siguiendo, corre a abrazar el muslo de su madre, mientras yo cierro la puerta tras de mí, no quiero arriesgar mi trabajo por habladurías de alguna educadora.

## AMORAL

Las cuatro de la madrugada, vaya que es difícil dormir después de haber cenado tanto, esa mala costumbre que me dejó mi padre. ¿Qué harás? Intentar dormir, por supuesto, o termino de ver la película y con ello acabo de perder el último recuerdo de mi madre como lo he hecho con su rostro. Ni siquiera recuerdas el primer punto argumental. Ahora sí que siento sueño, bueno, pues a dormir.

¿Cómo era? Relajarse, mente en blanco... ¡Ahhh, qué sueño! Recordar las actividades del día, desde que me paré, hasta donde estoy justo en este momento, apenas recuerdo que me volví a acostar hace un rato. Concéntrate, concéntrate. Y luego al revés, desde donde estoy hasta el momento en que desperté, para hacer más fuerte el hilo de plata. ¿Sueños lúcidos, serán ciertos? debió heredarme algo más que sus fantasías esa joven hippie que un día fue.

¡Dos para las diez, me esperaban a las diez! No, no llego y no he comprado ni el regalo.

Te has vestido con un solo ojo abierto, con una sola pierna en el suelo (¿Cómo se te ocurrió comprar una maldita mesita te-rompo-las-espinillas?), y esquivando todas esas porquerías que (no recuerdo haberlas puesto), cuelgan

del techo. Debo aprender a dejarlos ir, a él con sus aviones y a ella con sus móviles.

Justo ahora vienes a despejarte, qué estúpido, ¿qué hago caminando de espaldas al barandal? No hay dificultades en los escalones.

—¿Se encuentra bien, joven? —ha dicho el vecino.

—Claro, claro, vecino. Con permiso—. Imbécil, te repites con un golpe de la palma de tu mano en la frente.

Algo no va bien. No logro poner atención, es una lectura fácil. Se supone que esto me relajaría. Me senté de lado de las ventanillas donde da el sol, y no está mal, leeré con más calma. “Existo porque hay uno que me sueña, hay uno que duerme y sueña y me ve obrar y vivir y morirme...”. Esto es muy inquietante. Ocuparé mis pensamientos en este sábado como he hecho con todos los otros sábados, que se han ido borrando uno al otro, siendo un paseante más de esta ciudad devastada de recuerdos.

Bajarás del camión, con la sola idea de encontrar algo apropiado como obsequio. Sí, será algo que de verdad le guste, pero ¿cómo saber lo que de verdad le gusta? No queda de otra, siempre es así, nunca se sabe si quedará satisfecha aquella persona. Aunque lo sabré poniendo atención en su rostro.

No sé, este calor me adormece. Debería usar sombrero, uno de ala ancha, uno elegante. Creo que me alcanza para comprarlo; y qué tal un pañuelo, secarse el sudor con papel te deja pequeños trozos en las cejas. De este lado de la plancha es muy distinto que caminar sobre ella o frente al palacio; incluso en la acera frontal de la catedral. ¿Por qué siempre que vengo de este lado, veré, siempre de frente, las caras de las personas? Es el caudal ruidoso de un río entre vastos árboles, y yo, con la desesperación de asirme a un punto fijo. Ahí hay uno, dos chicos tallando cuerdas. El del rostro descubierto toca el cello, y el del violín con el rostro plenamente cubierto con sus cabellos rubios y sin cepillar. No tocan tan bien. Estos arcos proporcionan una sombra muy refrescante, pero ya empieza a darme un poco de frío. Aquí está: la tienda de sombreros.

Se ha prolongado demasiado el tiempo para tener uno. Dos años han pasado desde que quisiste adquirirlo. Ahora sólo escoge; dirígete con el negociante, dale tu medida y paga el costo. Podrías preguntar de una buena vez si venden pañuelos.

—¿Envuelto?

—No. Es para mí y lo llevaré puesto. Gracias. ¡Ah! Un pañuelo color café, por favor.

Creo que me sentiré triste al no volver a esta tienda; pararme frente a los exhibidores y mirar los precios, para terminar saliendo con las manos en los bolsillos. Pero lo tengo y me gusta, debiera agradecerme a mí mismo con un abrazo.

Dinero ya no hay el suficiente, ni pensar llegar con algo pequeño, no. Es algo tarde para llegar al cumpleaños. Continuaré andando.

Fue justo en esta esquina en donde Male y yo vimos a ese tipo, una coincidencia graciosa.

Es... no, ¿puede ser? Es el mismo hombre, la misma ropa y exactamente la misma que yo vestía entonces. Vamos, corramos, tal vez sepamos algo de él. Qué raro, incluso los mismos botines, lo que no recuerdo es el reloj. En aquella ocasión detenía un... ¡No, no lo abordes, espera! ¡Mi sombrero, puta suerte!

—¡Es mío, es mío!

—Sí, sí. Tenga, no me lo iba a quedar. De nada.

El mismo. —¿Disculpe?—. Nada, nada. Gracias. Misma camisa, a rayas azules; pantalón, mismo color y los zapatos, sin duda, café del mismo modelo.

Es que, ¿puede ser? Necesito un descanso, ahora me vendrá bien usar mi pañuelo.

Tendrías que hacer una ardua investigación. Podrías empezar por el vehículo que abordó. Rastrearás las placas, después entrevistarás al propietario. Con suerte es el mismo taxista de la primera vez. Si sólo hubiera puesto atención en eso.

Quién lo diría, nunca me tomé un solo café con Male, por lo menos no un buen café. Me tomaré uno en su nombre. El sabor era... moka, me parece. Sería una auténtica estupidez creer que aquel tipo puede que sea yo en un futuro no tan lejano. Que le gusta venir al centro a pasearse, igual que yo, en estos momentos. Que vive solo, que todos se le han ido y por eso necesita distraerse, al no haber mujer con quien salir. Pero él parecía apresurado, aquella ocasión y ésta. Seguro que es una tontería. Quizá no, quizás el hombre vino a buscar a un sujeto que algún día vio por aquí, muy parecido a él cuando joven. Y al encontrarlo se asustó tanto como la primera ocasión que tuvo que salir huyendo. Ahora que lo recuerdo: aquella noche después de visitar a Bety, después de esas largas escaleras y antes de pasar el cruce, me topé con (no con su cara pues ahora estaría convencido) la espalda de aquel otro yo. Por más que quise alcanzarlo del hombro, se apresuró tanto a atravesar que no

pude mirarlo a los ojos. Luego que dejé atrás el tráfico lo vi más lejos y en un distraído parpadeo desapareció. O habrá sido aquel que quedó al resguardo de la puerta que se cerraba en la fachada de aquella unidad.

—Son veinte pesos —...y estaba tibio, pero en fin. Siempre me beberé uno a tu salud, Male.

Sal ya de tu trance. Recapacita, que no puedes andar así de descuidado por las calles. Serás arrollado por la negligencia de un policía. Intimidado por los gritos malintencionados de algún tianguista en tus oídos. Entonces correrás como cuando niño, con la depresión ocasional que reacciona por tu falta de temperamento, a ocultarte en las cobijas de tus padres, porque ellos no supieron entenderte. Dirígete ya con paso presuroso a la estación del metro más cercana, y pide al taquillero tu boleto por alguna de esas monedas que traes de sobra en la bolsa del saco, las cuales no quisiste convidar a los músicos de la superficie. Anda y no te detengas aunque las escaleras te lleven por sí mismas, si sigues caminando llegarás mucho más rápido que los que también las utilizan.

Es como bajar por un pozo mecánico y bien iluminado. Una fosa en la que los cuerpos van por su propia voluntad a su entierro. Estos andenes parecen pertenecer a donde arribará un tren de otro tiempo y por el que bajaré

gente de rostros antiguos: mi abuela del brazo del abuelo, fuerte y con mirada de artista, como la de la mayoría de todos esos señores en las fotos de blanco y negro.

*Hola, me llamo Brenda y hoy intenté suicidarme.*

Para ser una broma es muy perturbadora esa pinta en el muro. Tiene que ser el mensaje de una auténtica suicida. ¿Qué?, ¿hoy habrá sido ese día al que se refiere la nota?; ¿tendré tanta suerte que exactamente hoy es el día que sucede a ese hoy y que este día lo intentará de nuevo? De ver a alguna mujer sospechosa muy cerca de la franja divisoria, tendría que gritarle, pero eso la alarmaría y tendría que arrojarse más de prisa que lo que tenía contemplado. Daría aviso entonces a algún vigilante, pero a juzgar por su físico podría correr más rápido yo, de estar del otro lado.

Empieza a sentirse un calor muy bochornoso, será que ya llueve o que está por hacerlo y por eso de pronto tanta gente. O el motivo de tanta gente es otro, la hora y por eso de pronto el sofocamiento.

Aquí me bajo. Donde se me hizo costumbre conciliar las citas, seguro porque es un punto central, un trasbordo. En donde nos despedíamos largo

rato. Como lo hacen todos en cada encrucijada. Debajo del reloj, decimos todos.

Suficiente, haré como quien se mueve por los aparadores que contienen sólo banalidades: ropa, joyería, artículos de apariencia, que es lo mismo decir: belleza. Iré al pasaje subterráneo de las librerías, puede que me encuentre con algo que me haga falta.

La misma cara, la de siempre y en todas partes. Encima de otros semblantes, es lo único que veo a lo largo de este recorrido de cristales. Lo que he conseguido es verme con el espanto, el aburrimiento, el fastidio de otros. Ya va siendo hora de irme, de dejarme llevar por los ríos de gente; que me lleven por donde me lleven, así es como todos llegan a sus destinos.

—Disculpe, no fue mi intención.

—Pues a ver si ya se fija.

—¡Ay!, mi brazo...

—Nada más no se me recargue.

—No, no. Ha de ser la lluvia, ¿verdad?

—Sí. Pero no creo que sea necesario...

—*Próxima estación...*

—... que nos empujemos.

—También lo creo; es que en lugar de dejar salir nos empujan.

—Y es que como no pasan tan seguido...

Sujetarse, ¿de dónde? Tendrás que aferrarte únicamente a la idea de llegar a casa, donde nadie hay y por eso quieres estar ahí, pero primero deberás salir. Una vez adelantado en las escaleras podrás descansar un poco, dejándote llevar por el mecanismo rutinario de la prisa de todos y tuya. Ahí, verás tu fatiga en la señora que viene de abastecerse para su cocina. Tu furia en el llanto del pequeño que despertaron para bajar. Tu satisfacción en el pervertido que venía pegándose a los glúteos de las mujeres. Observas otras decenas más de rictus.

Tanto es lo que tenemos que soportar. Unos a otros mirándonos como en espejos. Espero que no se enoje por no haber podido ir. Le llevaré un regalo en cuanto pueda. Pero, ¿habrá sido ella, es decir, por ella habrá hecho tanto tiempo el Metro en reanudar su paso?; ¿cumplió la muerte en encontrarla esta vez? No, la lluvia fue quien ocasionó la tardanza, eso pudo ser.

Ahora me queda abordar el transporte, que tarda diez minutos en llegar a mi hogar, sin haber pasado antes por la cena, ya no espero que alguien la prepare por mí. Distracción, desde luego: una película, ya que me olvidé de

pasar por mi ración semanal de música. Permaneceré un rato eligiendo lo que me llevaré. Para cuando llegue lo más correcto es que estén levantando los puestos. Trataré de ser rápido esta vez, no me seguirán teniendo paciencia por siempre. Sigo pensando si sigo con los mismos géneros, algo que me defina o pretendo seguir satisfaciendo los diferentes gustos, como antaño, hoy por estados de ánimo, no quisiera perderme del todo. Suspense, acción, terror psicológico. Todo lo que soy al final. Cuánta plática y sin que a nadie le interese. A nadie le interesa, de verdad. Se notará lo aburrido que soy. Por supuesto, ¿qué esperabas?

He llegado, ni un gato que se me arrastre por las pantorrillas (me gustan, pero no el pelo que dejan en la ropa), tengo que comprarme una compañía. Pero si ni las prostitutas te ven directo a los ojos, ¿crees que quisieran estar contigo? No has notado cómo siguen mirando desinteresadamente a la nada cuando tú las observas, eres otro poste, una barda más. No te das cuenta de mucho que pasa a tu alrededor, en realidad a tu espalda. Tienes una pésima retención de memoria. Justo ahora lo haces, mírate ahí parado bajo el marco de la entrada, sin recordar lo que harías al llegar: un títere colgando. Tus brazos pendulares sosteniendo cada cual tu abrigo y una bolsa. Iluminándote la espalda la luz anaranjada de la calle, con tu mirada perdida de tonto, viendo

a un gato que sólo tú crees que existe, sentado frente a ti, mirándote hacia arriba. Esperas tu voz imperativa que salga del hocico del animal, diciéndote:

—Has dejado de mantener la lucidez, por poco lo logras.

Casi, si no hubiera sido por esa leve interrupción. Ahí estás, como siempre ensuciando mi ropero. Largo de aquí, que ya no te daré más. Pateas al único que no le importa que seas tú. Rompes el espejo.

Eran muchos. Tantos rostros que olvidar, y otros tantos que recordé.

## MALETERO

Insistí tanto tiempo para entrar, que cedieron.

Mi cuñado trabajó ahí un tiempo, decía que se llevaba bien con el jefe de los macheteros, así que vi una oportunidad fácil para entrar.

Alguna vez bebimos juntos y antes de que la reunión cambiara de giro, me platicó cómo era la chamba. Sólo esperas a que lleguen los autobuses, los descargas y te regresas a dormir, me dijo con tanta tranquilidad levantando su cuarta cerveza. Me quedé pensando embarrado en el sillón, mientras él iba al baño: no puede ser tan malo, ¿cuánto puede traer un autobús y en dónde?, los asientos son demasiado cómodos en esa línea como para arruinarlos. Di un trago a mi botella y me levanté algo mareado en dirección al cuarto de mi hermana. La sala de su departamento sólo la separaba una delgada barda, así que pude escuchar azotones y leves lloriqueos. Justo antes de poder abrir la puerta, escuché a mi hermana, entre jadeos y jalones de moco, decir: Nos va a escuchar. Supuse lo que pasaba, así que salí de su departamento procurando hacer el mayor ruido posible, todas las botellas de la mesa cayeron, eso fue lo único no premeditado, cerré la puerta con fuerza, a modo de despedida. Él

gritó que podía llevarme las que quisiera y así lo había pensado, me fui a mi propio apartamento.

El horario nocturno de la paquetería no me convenció del todo, pero si podía dormir no le hallaba mucho problema. La cosa estaba así: la línea de autobuses Estrella de Oro, que tenía su taller una estación antes de la terminal, manejaba un servicio de paquetería con distintos destinos al sur de la república. Cuando las cajuelas no llevaban el equipaje de los turistas, servían para transportar diversas cantidades y medidas de cajas. Uno tenía que copiar las horas de salida de los camiones, sus números y destinos. Por si eso fuera poco, había que buscarlos, los mamones de los choferes metían los vehículos hasta las zonas más oscuras del estacionamiento, donde no los pudiera ver algún supervisor, de ese modo podían dormir un poco. Todo esto no lo supe sino hasta que estuve dentro, lo más que podía imaginarme eran las camas de cartón en las que te acomodabas hasta llegar tu hora de salida, desde luego el alucinado de mi cuñado omitió algunas cosas.

En espera de que un día llegara a la puerta la noticia de que ya tenía empleo, gastaba mis últimos ahorros en marihuana y cerveza. El efecto de esta combinación me ponía en un estado de lo más animado: las palabras, oraciones, frases que salían de mi boca, pasaban frente a mí, encerradas en

siluetas de colores que se ajustaban perfectamente a cada letra. Toda la sarta de idioteces que hablaba con los de la fiesta, eran las ideas más originales que nunca había tenido, aunque luego de un rato las olvidaba. La novia de mi amigo nos compartió sus experiencias con los hongos, a mí me pareció algo de lo más natural perder el hilo de una conversación y después imaginar que lo que apenas estabas escuchando ya lo habías oído decir hace algunos instantes, claro que ella no consumió ni alcohol en ese momento.

En vista de que el empleo no llegaba a mí, tuve que ir a buscarlo. Hace un año que había metido dos solicitudes, sin muchos ánimos de una respuesta alentadora. Para mitad de éste intenté con otras dos. En la cuarta me planté en la sala de espera para hablar con el jefe inmediato de los cargadores, estuve ahí cerca de una hora leyendo una novela, hasta que me atendieron. El tipo de recursos humanos me hizo unos exámenes por protocolo (me esmeré lo suficiente cuando me pidieron que contara una historia, y para nada), parecía satisfecho sólo con verme. O el cuñado me hizo el favor o mi insistencia los hartó. Lo único que me pidió fue que el día de la capacitación fuera vestido un poco más formal. No sé qué había de malo en mi saco y camisa verde botella, combinaban con las botas, el azul de mis pantalones aún era intenso.

De pronto ya estaba ahí, como todo un obrero: uniformado, con botas nuevas a mi medida y un pinche casquillo interno que me chingaba los dedos al caminar.

Siempre he tenido el don de percibir al instante cuando a alguien no le caeré bien y viceversa. Entré a la pequeña bodega, “mina de Pívilas”, y ahí ante el escritorio se alojaba el achichinle del jefe inmediato, el lambiscón que se encargaba de chismearle todo al superior. Me dieron la bienvenida con las instrucciones, de cómo levantar las plataformas llenas de cajas, con los montacargas. Cada una de las cajas tenía impreso su destino, mismo que correspondía con el de cierto autobús, ésa era la tarea para las primeras dos horas de la noche, buscar entre todos el correcto. Esa primera noche no fue nada, a pesar de que no llevé comida, las siguientes serían peores.

El recorrido que hacía en tren hasta la penúltima estación terminaba por arrullarme. Bajaba adormilado, con un encabronamiento tal, que ni todas las adolescentes que abordaban, desde las escuelas al paso del convoy, me animaban. Al bajar el puente, desde donde podía ver el estacionamiento de los camiones, me asaltó la idea de estar arrumbado en mi viejo sillón al que le falta un brazo, tomándome un mal café, de frasco, bien cargado y escuchando

el tirar de trastes y corretizas en el departamento de mi hermana. Esa visión estuvo acompañándome los seis meses que sufrí en ese lugar; bajar el puente era estarme chingando a mí mismo, pero su olor a café era gratificante.

El lugar se halla sobre la calzada de Tlalpan, antes de la de Taxqueña, muy conocida por la acumulación de prostitutas en ciertas calles que convergen con ésta. Lo malo de la calle a la que yo iba, era que en ella se encontraba la última de todas las putas, “La olvidada”. A pesar de su falta de interés por verse bien, la vi varias veces ser levantada por autos de no muy viejos modelos. Llegué a cruzar algunas preguntas con ella, pero nunca las apropiadas como para cerrar un trato; su ropa holgada de solterona-cuidad-gatos nunca me atrajo, ni el tinte rubio de su cabellera, ni su delgadez raquítica.

Cuando llegaba tarde al trabajo, no me podía dar el lujo de sentarme en la banqueta para ponerme las botas de “minero”, iba directo al checador. El aparato era electrónico por lo que registraba hasta el segundo que te pasaste de tolerancia.

Para la cuarta o quinta noche, empezaba a resentir la chinga. Después de las doce, cuando aflojaba un poco el trabajo, daba inicio la caza de las cajas más cómodas, aunque no fuera la hora de poder babearlas siquiera un poco. A

mitad de la quincena, veía eterno el día del pago, teníamos que ir en el día a recibirlo, los contadores no podían tomar el turno de la noche, y al pagar se daban el lujo de burlarse de uno completándote los centavos con una arrapucial, que tal vez era de él y así empezaba a deshacerse del pesar, o me quería decir algo. Imaginé llegar a casa, saliendo de ella un olor a comida caliente.

Antes de ponerme a cenar fui al baño, no recuerdo haber orinado, me quedé dormido de pie contra la pared. Un sueño me provocó una deliciosa sensación de querer darme la vuelta hasta el otro lado de la cama, me desperté. Cuando llegué a la pequeña bodega, los otros ya cenaban sin mover otro músculo que no fuera el de sus mandíbulas. Uno de ellos declaró que casi iba ir a buscarme, no hice caso, saqué el tóper de mi hermana y me puse a tragar. Fue imposible poder conciliar el sueño cuando pude darme el lujo de recostarme. Así que busqué distracciones, llevé un libro que apenas podía pasar de la tercera página, leer por las noches me provocaba sueño, pero al acomodarme el pinche sueño desaparecía. Fue que escuché hablar entre los compañeros de una tal “Jarocha”, que por ahí andaba. No me enteré, sino hasta entonces, de la presencia de mujeres que también trabajaban en la noche, en ese lugar (además de las prostitutas, claro), pero no para todos los viajes,

sólo los que pudieran pagarlas. La Jarocha resultó ser una vieja a la que yo no podía aspirar, no fue necesario un insulto típico de esas costañas cuando la saludé, sólo le valí madres; mamona igual que los choferes. Ese sector de los empleados se sentía el de los ejecutivos de Estrella de Oro. Las azafatas sólo cogían con los cabrones de corbata, ya fueran operadores o pasajeros.

Al no quedarme otra, pues necesitaba el dinero, comencé a ser más productivo. De los lotes que dejaban los del turno de la tarde, para cargar a los camiones que viajarían en la noche, yo hacía tres o cuatro solo. Luego de eso, decidí aprender como vaciar la información de las comandas al sistema, de saberlo mi padre lo haría sentirse más orgulloso que el hecho de haber leído otro libro. El que se encargaba de eso pedía que me quedara con él, que dejara a los demás vaciar los autobuses para los del turno matutino. Ya podía dormir y el “secre” cada vez más me pedía estar a su lado, a mí me convenía, trabajaba menos. Un sábado decidí no ir, me quedé en casa todo el día viendo la televisión. Dormí desde temprano y me paré el domingo hasta medio día, era el descanso obligatorio, ya no sólo para contadores, azafatas u operadores, ése nos incluía a los cargadores.

El lunes me presenté puntual, despejado y listo para trabajar. Entré saludando al achichinle, éste ladeó la cabeza como señalando algo, no le di

importancia, guardé mis cosas y ajusté la faja fuertemente a mi espalda baja. Esperé fuera de la bodega, algunos del turno anterior seguían contando los paquetes por destino. Noté la noche un poco menos fría que las demás, el suéter debajo de la camisola me estorbaba, así que entré a quitármelo. Escuché al achichinle decir: “Ya le dije”. El “secre” me miró con compasión diciéndome que tenía que regresarme, ese tipo de órdenes podía darlas el lamehuevos aquel. Sin quitarme las botas ni la faja, abrí el locker y jalé mis cosas, salí del lugar muy encabronado, ese pendejo también había faltado la semana pasada y nadie le dijo algo.

A la noche siguiente otra vez llegué un tanto tarde, pero sin correr, traía puestos unos tenis, lo cual estaba prohibido. Para entrar al lugar debías llevar el uniforme completo, ya estaba harto a cinco meses y medio de tanta chinga. A lado del reloj electrónico se encontraba el achichinle, esperando marcar su hora de salida. Me miró sonriéndose y con la mano me ofreció el paso para checar, te vayan a descontar, dijo, y me pasé.

En las siguientes semanas vi mi suerte de cerca, las fiestas navideñas estaban próximas y la gente mandaba y mandaba cosas. Había cajas de metro por todos sus lados, otras de tres de largo por apenas diez centímetros de ancho, que no pesaban nada, también habían unas pinches cajitas como de

quince centímetros al cubo, que pesaban mucho. De ésas llegaban lotes enteros.

La camioneta que venía de Toluca dejó de hacerlo (diario me despedía al final de mi jornada), pero en su lugar, desde temprano, ya nos esperaba un tráiler listo para retacarlo hasta el copete. Ni tiempo de cenar nos daba.

Entró un tipo de otro turno a trabajar al mío, a éste le daba porque le ayudara a todo, a mí me convenía, trabajaba menos. Me decían vamos por las chelas, yo temía que me cacharan y me corrieran antes del poco aguinaldo que me correspondía. La treta era decirle al poli que teníamos que ir a la mera terminal por un paquete que no había llegado hasta nosotros, y eso sí pasaba seguido. Ya en el camino pasábamos por el Oxxo y metía la de cuarto o de medio debajo de mi asiento. El pinche policía andaba como perro olisqueando, pero no veía nada. Como ya estaba por largarme de ahí, me empezó a importar poco.

Estaba a más o menos de un mes por acabar el año. Yo empezaría el nuevo de muy buen humor, sin ese trabajo y con algo de dinero otra vez. Estaba en pláticas con una chica de veintiséis años, cuatro menos que yo. Ahí en pleno trabajo hablaba por teléfono con ella. Cuando no traía crédito, la llamaba de la caseta ubicada frente al módulo de vigilancia de seguridad. A

veces me escondía, allá por donde los choferes metían sus unidades para dormir. En una ocasión platicando con ella, me dejaron encerrado entre cuatro autobuses. Yo estaba recargado en la parte de atrás de uno, cuando se encendió su motor. Los que estaban a los costados, los habían dejado sin meter completamente en sus cajones y un cuarto se recorrió en reversa, bloqueándome la única salida. Todo el humo que salía del escape me lo estaba tragando, hasta que llegó el punto en que no soporté más y caí al suelo. Cuando fui recuperando el sentido, escuchaba risas y voces: ...tóxico... veneno..., palabras que reconocía, pero otras no lograba entenderlas bajo el contexto: ...tieso... casi... matas... y más risas. Recordé una buena cena navideña que nunca tuve, mi padre en un overol grasiento, mi madre llegando tarde de su turno de enfermera.

Me dieron unos días de recuperación, durante la incapacidad estuve en casa tratando de olvidar ese mal pasaje. El esposo de mi hermana subió a verme, ellos estaban dos pisos abajo del mío. Mientras comíamos *hot cakes* de mota con cerveza, mi cuñado me preguntaba si no había visto cosas extrañas además de lo sucedido. Lo normal, un chismoso que quiere pasarse de listo, tipos con los que te llevas bien, lo normal. Insistía con preguntas propias de un marihuano: ¿qué tan bien...? se miraba las manos, ¿qué tan bien se llevan?

Insistí en lo mismo, en repetirle lo que ya había dicho, con suerte lo confundía haciéndole creer que lo que dije era una repetición de minutos atrás. Pero se enteró: una vez encontraron a unos cabrones cogiendo, ahí en la bodeguita... ¿no despertaste en la bodeguita? Ya no le veía sentido a su plática y la mezcla no me sirvió, así que lo corrí, su viaje me estaba encabronando.

Regresé en viernes a la línea de autobuses. El “secre” me resguardó de tanta chamba, ahí me tenía pasando comandas al sistema. Me dijo ya mañana dan los aguinaldos, le respondí justo a tiempo, a lo que él dijo “a todo guajolote le llega su navidad”. Entonces pensé en lo que me dijo el cuñado, me levanté y fui a buscar una cama lo más alejada de él. Eran como tres y media, dormité una hora. Cuando me di cuenta las luces estaban apagadas, me levanté de golpe y allá entre los lockers, vi al “secre” y al nuevo echándose un revolcón. Salí de la bodega a esperar que dieran las cinco de la madrugada, la hora de mi salida.

El sábado a medio día llegué a la recepción, ahí nos iban a dar el aguinaldo y una pequeña despensa. Nos pasaron con la contadora, entre los que íbamos no estaban ni el nuevo, ni el “secre”. Cuando llegó mi turno de firmar, pedí de una vez mi renuncia, la mujer no objetó y accedió pidiéndome que escribiera “Estoy dispuesto a no volver a esta empresa a pedir empleo”,

yo añadí: “con gusto”. Me veía llegando a casa como mi padre en esos días, con un pavo que nadie iba a cocinar, mi hermana seguro estaba indispuesta tratando de quitarse de encima al imbécil de mi cuñado, por mí estaba bien, la botella de sidra sería completa para mí.

Salí sin ningún deseo de volver a poner un pie en ese sitio. Miré desde el puente con olor a café a la puta desarreglada bajarse de un BMW. Ella volteó a las alturas y me sonrió.

## LA LOCA DE LOS GATOS

Era un poco torpe y estúpida; llegaron a ese nido como huyendo. Vivía sola con el viejo. Él salía para conseguir comida, apuesto que no quería que ni sacara la nariz del palomar que teníamos todos por departamento. Desde el primer día le llevó esos animales que quiso tanto, la hipnotizaban como a un idiota pájaro.

Por las noches se escucha todo si pones atención, sobre todo si le agregamos que los vecinos sean muy ruidosos. Llegaron un día por la mañana, apenas dejaron unos cuantos muebles y él salió dejándola. Los de ese piso lo escuchamos a su regreso.

—¡Angélica! ¿Dónde estás? Mira lo que te traje.

—Estaba lavando. ¿Qué es? Ahhh, unos hermosos gatitos.

—Para que te acompañen y no estés sola. ¿Hablaste con alguien?

—Ay, no...

—Qué bueno, no sabemos cómo sean. Sírveme y ya vamos a comer.

Desde que supimos de ella la bautizamos como a la de la caricatura, porque les hablaba a los gatos como si la entendieran. Jugábamos frente a su

zotehuela, en el pequeño jardín con banca en media luna, y que, como los otros tres, rodean el jardín central.

Una de esas ocasiones en que no pasaban por mí, Guillermo me dijo que la escuchó.

—Qué bonitos peludos, de dónde los habrá recogido, ¿eh? Tienes los ojos pegados, chiquito, a ver si el sol te hace bien. Aquí abajo es un refrigerador, nos hubiera traído a uno de los pisos de arriba. Intenta abrirlos, mira, allí hay niños jugando, ¿quieres jugar con ellos? Diles hola.

—¿Eres nueva?

—¡Sííí! ¡Déjame abrir la ventana! Ay, hola. Sí, soy nueva, apenas llegamos ayer. ¿Ya viste a mi gatito? Tiene los ojos pegados, su hermanito está bien, sólo que tiembla mucho, por eso lo tengo en una caja adentro de mi ropero. ¿Quieres entrar para que los pobrecitos tengan con quien jugar?

—Sí, espérame, voy a darme la vuelta.

—Por aquí al lado, ¿no?

—La entrada a tu edificio está al frente.

—Pues bríncate por la ventana.

—Tu vecina se enoja, espérame...

—¿Ya ven?, ya vienen a jugar con ustedes... pobrecitos mininos. ¡Voy! Pásate, mira, allá está el otro—. Desde esa vez le valió, o le parecía muy normal; me dijo que le preguntó si lo esperaba, que se iba a ir a bañar.

Me contó que conoció a una chava, ya grande, que aunque no fue hace más de tres años, para nuestros catorce la veíamos como de veinte, veinticinco o un poco más. Pero estaba como loca, medio pendejita. Quería que se brincara por la ventana del pasillo, para jugar en su depa.

Olía a chis de gato, bueno, ahora sé que ése es el olor. Creía que era como de viejo o encerrado; hoy que lo huelo no me desagrada, me recuerda a ella: la rasgadura de sus medias en medio de las piernas.

Desde la primera vez dijo que se dejó agarrar la cola. Que cuando salió de bañarse se puso un pants pegadito y cuando se agachó, en una de éstas, fue cuando se la agarró, sin querer, y no le dijo nada.

Cuando llegaba el viejo se veía muy enojado, me imagino que por haber pinches chamacos, lo malo para él es que al principio éramos puros cabrones, y ya nos íbamos bien tarde. A veces parecía que ya le andaba porque nos

fuéramos y le pudiera meter mano; nosotros iniciamos con aquel mito de que el don se la robó para empezarle a enseñar a ser piruja.

La vez que nos le subimos a las barbas al señor, llegó con pan y leche que nos invitó de cenar.

—Buenas noches, señor, ya nos vamos.

—No, quédense. Traje esto, los gatos no se la acaban—. Ellos sólo comían una pieza y un plato, lo demás era para los pinches animales. —Ya mero va a ser el cumpleaños de Angélica, ¿van a venir? Yo me voy a trabajar y ya llego en la noche como hoy, pero si quieren vénganse desde temprano para que estén con ella, ¿no, Angélica?

—Ay sí, y hacemos una fiesta. Me ayudan a arreglar.

Íbamos casi a diario, por lo menos yo, porque Memo me tenía una nueva siempre al abrir la puerta. No sé qué les pasaba a nuestras mamás que, aunque sabían a dónde nos metíamos, no nos decían nada. Hasta ahora sé que se hacían las muy ingenuas, a pesar de que se la pasaban viendo *Casos de la vida real*. La Loca se estaba haciendo nuestra niñera no pagada, y eso era suficiente para nuestros padres. En lo que ella vivió ahí, era un secreto a voces para todos; creíamos que guardábamos muy bien nuestro tesoro, pero un día se nos

salió de las manos. En especial yo me sentí cruelmente traicionado cuando nos engañó; le daba todo mi tiempo, ya no me apuraba a comer para salir a jugar, sino para salir del departamento de mis papás y meterme al de ella. Es más, creo que mi padre se sentía orgulloso de mí.

Una noche me convencí de que algo tenía, que estaba enferma o algo. Al llegar nos dijo que se había muerto un gato y al otro le intentó abrir los ojos, pero lloraba mucho; tenía pegamento y ya le estaban sangrando por la fuerza al jalárselos. Ella también lloraba y quería hacer un velorio. Al verla así, me sentí algo responsable, era una forma de pago por sus cuidados y acogidas. Propuse ir por doña Loreto, la de los rosarios, pero Guillermo me tuvo que pendejear indirectamente, cuando él y el viejo se rieron de ella, diciéndole que cómo creía que íbamos a molestar a las personas por un gato.

A la mañana siguiente la fuimos a ver temprano, el señor ya no estaba.

—No te pongas triste, mejor vamos a jugar algo —dijo Guillermo. Yo sabía que no sería tan fácil esta vez.

—Tengo unas cartas, ¿saben jugar? Espérenme, voy por ellas.

—Ahorita vas a ver como sí se deja, ni dice nada. Cuando regrese me sigues la corriente. —Guillermo se metió debajo de la mesa y lo seguí.

—Aquí están, vamos a jugar ¿Qué hacen ahí abajo?

—Somos tus gatos, tú siéntate. Así te hacen en las piernas, ¿verdad? —  
la arañaba.

—Ya, vamos a jugar. ¡Nooo! me hacen cosquillas. ¡Ay, no! me van a romper las medias.

—Ábrelas más... —suplicaba Guillermo y yo sobreexcitado miraba atento. —¿Qué es esto?

—Ay, pues mi toalla. Ya espérense que están haciendo que me ensucie—. Cuando empezó a escurrir una gota negruzca me asusté y la erección desapareció en unos segundos. Quise irme a mi casa, pero él le propuso meterse a bañar, eso me tranquilizó también a mí, como si yo lo fuera a hacer.

Nunca supimos si tenía órdenes precisas de no salir, pero una vez la convencieron de jugar afuera. Para entonces ya la conocían las que se juntaban con nosotros. A partir de eso ya se nos hacía muy difícil encontrarla sola en su casa.

Aunque era de noche, las luces de las luminarias eran anaranjadas, y miraba desde mi zotehuela en el tercer piso, se le notaba la piel demasiado

pálida. Me metí con una sensación de robo, mientras mi madre miraba como se divertían los demás con la Loca. Era una mentira su suéter café de niña grande, no mostraba nada esos senos blancos, era una mentira su adopción, igual que la sonrisa de mamá cómplice del robo.

Cuando llegó su cumpleaños, no pude estar desde temprano, pero todo fue un desmadre. El Memo me contó que a la hora que la fue a buscar, se quiso brincar por la ventana (nuestras cabezas cabían por en medio de las barras de la protección), pero no pudo porque la pinche mensa la atoró. Para abrirla, le dio con un martillo al marco, rompiendo el cristal por el que después yo pregunté.

En la noche creí que sería algo más formal estar con tantos en el depa, como a todos los cumpleaños en los que he estado: la festejada soplando a las velas, los adultos cortando el pastel y el resto esperando su turno para recibir su rebanada. Pero a esta fiesta todos podían entrar y hacer lo que quisieran, como con ella. Cuando se resbaló con chantillí, dio un manotazo sobre el pastel, y en lugar de limpiarse con una servilleta, lanzó lo batido en su mano con una sacudida. Eso bastó para que Guillermo tomara otra vez la iniciativa; él abrió la guerra de pastelazos. Todos, hasta el señor le entraron; no había ningún adulto, yo me sentía tonto, bien vestido y sin participar.

La última vez que la vi, acabó por darme en la madre. El Soldado, primo de David, llegó a quitarnos nuestro dulce. Guillermo fue a avisarme y bajamos al primer piso de nuestro edificio. No estaban los papás, así que el cabrón ése la metió al cuarto y se encerraron. Mientras veíamos por debajo de la puerta como subía y bajaba la orilla de la colcha, con las sienes pegadas al suelo y escuchábamos la cama rechinar, recordé cuando mi amigo y yo jugábamos sin preocupaciones, uno de esos lugares fue justo en ese departamento. No sé qué pensaba Memo, pero ni uno de los dos decía nada. Corríamos por el pasillo, aventándonos dardos de hule, aunque David es más grande que nosotros, también lo hacía, nuestras risas nos provocaban dolor en el abdomen. De pronto dejó de escucharse ruido y no se movía la cama. Nos retiramos un poco, pero como no pasaba nada, nos volvimos a pegar más, había calma. Me llegó el olor de sus piernas envueltas en las medias rasgadas por los gatos, mezclándose con el de los miados de esos pinches animales.

Vi una gota marrón caer en el suelo blanco del baño, donde la veía mojarse, el único lugar donde podía ver a una mujer completamente desnuda, aunque me daba la espalda y pedía privacidad con su manera tonta de hacerlo “Ay, ya”. Luego la seguí a su cuarto, iba envuelta en una toalla blanca, sin

sandalias de hule que le afearan los pies. Estaba a punto de acercarme a ella cuando Guillermo habló.

—Pues cámbiate.

—Ay no, cómo creen.

—Ándale. Es más, nosotros te escogemos la ropa. Siéntate... Tienes pies bien chiquitos.

—Ay, son bonitos —yo estaba de acuerdo.

—Te seco, acuéstate...

Vimos los pies del Soldado y nos levantamos bien asustados. En la sala estaba su primo viendo la tele. Cuando nos estábamos saliendo, ella venía atrás de nosotros. Le preguntamos que qué hacía adentro con ese cabrón. Con la cara más idiota que de costumbre nos dijo: Sólo unos besitos.

Luego la olvidamos, porque dejamos de verla. De un día para otro desapareció. Fue el único amor platónico que olvidé fácilmente. A veces la recordábamos en nuestras pláticas, cuando dejamos de jugar.

Una vez la vi, camino a la misa de domingo con mis padres. Iba acompañada de una mujer, el viejo con el que llegó y un bebé en sus brazos. Temí tanto ser responsable que tuve que agacharme al pasar a su lado, aunque

con esos ojos entrecerrados forzándose para mirar mejor, no creo que me hubiera reconocido. Era una niña con facha de anciana y un hijo al que cuidar. Tuvo que haber sido del Soldado, pero el que se quedó con el paquete fue el viejo, pobre.

# UACM

Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México

---

*Nada humano me es ajeno*

## Instantáneas de familia

este libro de relatos de Jesús Enrique Juárez Flores,  
fue presentado como trabajo de titulación  
para obtener el grado de licenciado  
en Creación Literaria,  
en San Lorenzo Tezonco,  
plantel de la  
Universidad Autónoma de la Ciudad de México,  
el 24 de abril de 2015.